



Al-Aquidah At-Tahâuiiah comentada

Abû Ya'far At-Tahâui





*En el Nombre de Allah
el Clemente, el Misericordioso*



Al-Aquidah At-Tahâuiiah

Exposición de los fundamentos del Islam

Imam Abu Ya'far at-Tahawí al-Hanafí

Traducción y comentarios: Abderramán Mohamed Maanán

Edición electrónica y revisión de formato: Habellyn o Ricardo Pérez Pérez

Fuente: <http://www.musulmanesandaluces.org/>

Estudios y difusión el pensamiento islámico tradicional

Todos los Derechos Reservados - Copyright

©2011

www.mustafachile.info

PRESENTACIÓN

La **‘Aqîda** es la cosmovisión, el conjunto de ideas-fuerza, de convicciones íntimas y profundas, de raíces y certezas poderosas, que están en la base del Islam, las que lo hacen ser lo que es. La palabra **‘Aqîda** significaba originalmente *firmeza, resolución, nudo, pacto,...* y es la energía que anida y deriva de principios sólidos y percepciones intensas que se van engarzando y conforman la conciencia y rigen la acción y el oriente de cada musulmán. **‘Aqîda** también significa *collar*, y cada una de sus cuentas es una joya del Islam. Esos fundamentos estructuradores de la personalidad espiritual del musulmán y de su comunidad están resumidos en la **Shahâda**, el primero de los pilares del Islam, que consiste en proclamar **lâ ilâha illâ llâh** (*No hay más Verdad que Allah*) y **muḥammadun rasûlullâh** (*Muhammad es el Mensajero de Allah*). Las connotaciones, implicaciones, compromisos y exigencias de estas dos frases fueron desarrolladas por el Corán y la Práctica y Enseñanzas del Profeta: la Sunna, considerada la mejor interpretación del Libro.

Muchos autores musulmanes han escrito breves obras -llamadas a su vez **‘aqîdas** - en las que exponen esa cosmovisión, intentando recoger y explicar lo esencial del Islam con fidelidad escrupulosa a las fuentes de las que emana (el Corán y la Sunna). Es el caso del texto que ahora ofrecemos traducido al castellano, en el que su autor -el **Imâm at -Tahâwi** (Egipto, s. IX d. C.)- nos presenta la **‘Aqîda** con una claridad y contundencia que lo hicieron célebre. Su breve libro es considerado fiel al mensaje comunicado por Muhammad, y es una magnífica introducción al conocimiento del Islam. En esa obra encontramos expresadas de modo suficiente las bases (los **usûl**) que sirven de cimiento a todo el Islam. De ella dijo un gran sabio, el Imâm as-Subki: “Las cuatro escuelas del Islam son unánimes en materia de **‘Aqîda**, coincidiendo todos los musulmanes en una misma cosmovisión. Sólo se apartan aquéllos que han sido contaminados por las doctrinas del libre albedrío y la antropomorfización. El grueso de los musulmanes está conforme con la exposición de at -Tahâwi, cuya obra ha sido bien acogida por los antiguos y por los contemporáneos”.

La extraordinaria y rápida difusión del Islam en sus primeros siglos de existencia hizo que se produjeran confusiones por el contacto con otras espiritualidades. Bajo esas influencias hubo interpretaciones arbitrarias que fueron atajadas con las **‘aqîdas**, estos pequeños textos que resumen el Islam original de modo que todo el mundo tuviera acceso a sus auténticas enseñanzas. Ése fue el contexto en el que at -Tahâwi escribió su **‘Aqîda**. De ahí el tono polémico de algunos pasajes, un tono que fue desapareciendo conforme se iba asentado definitivamente el Islam e iba encontrando su propio modo de expresión y estilo en conformidad con sus fuentes. Gracias a esos debates, el Islam se definió a sí mismo y se posicionó frente a muchas cuestiones novedosas.

Hemos transcrito el texto del Imâm at -Tahâwi (en negrita) y lo hemos traducido (en cursiva), dividiéndolo en párrafos que van seguidos de observaciones necesarias para un entendimiento amplio, aunque no exhaustivo, de la obra.

TRANSCRIPCIÓN

Vocales: a, i, u. El alargamiento se señala con un acento circunflejo (â, î, û). Las consonantes se pronuncian como en castellano (incluyendo la j y la z). La h es aspirada. Las consonantes enfáticas se subrayan: h, s, d, t. La g es gutural (como la r francesa). El apóstrofe (‘) indica el sonido gutural leve ‘áin. La ç es s silbante (como la z francesa). La ÿ es como la j francesa o inglesa. La dz es como la th inglesa y la sh es como la ch francesa o la sh inglesa. La abreviatura (s.a.s.) debe leerse şallà llâhu ‘alâihi wa sállam, bendición y saludo dirigidos al profeta cada vez que se le menciona.

AL-‘AQÎDA AT -TAHÂWÎA

bîsmil-lâhi r-rah_mâni r-rah_

îm -

Con el Nombre de Allah, el Rahmân, el Rah îm

Muhammad (s.a.s.) dijo: “ *Todo acto que no vaya encabezado por la mención del Nombre de Allah es estéril*”. Por ello, *el Nombre de Allah (Ism Allah)* va al frente de las intenciones, las acciones y los escritos de los musulmanes. **Allah** es la palabra que designa al Uno Absoluto, el Creador de cada ser, el Activador del universo, el Real en todo. Él es *la Verdad (al-Haqq)*, el nexa que conjuga la realidad en un mundo unificado bajo Su Preeminencia. Mencionar su *Nombre (Ism)* es pasar a ser consciente del Poder eterno, remoto y presente, que sustenta y rige cada momento y vértebra cada acontecimiento. El Corán nos dice: “*Él es Primero y Último, Manifiesto e Inmanifiesto*”. Y Él es una incógnita y una intuición universal e íntima, un desafío para el corazón y la mente del hombre, y es un reto para su inquietud y para sus fuerzas, un estímulo para todo lo que *es* el ser humano.

El musulmán se inspira en ese Océano Infinito que se **Allah**, y lo nombra preparándose para recibir conscientemente y acoger en su instante la inmensidad que se deriva de ese presentimiento de la profundidad y fuerza del Ser Libre que está en su propia raíz, de Allah el Rector de los Universos, la Realidad Inabarcable e Irrepresentable que da existencia, configura e integra, que sostiene y lo recupera todo: “*Ése es Allah..., vuestro Único Señor*”.

Mencionar su Nombre es sumergirse en el Poder determinante, la Voluntad inquebrantable, la Sabiduría que traba cada segundo de la existencia, llegando a la Grandeza que sugiere al entendimiento la fuerza contundente y seductora de la palabra **Allah**, que designa al Misterio Creador, de quien además decimos que es **Rahmân**, *Desbordante*, y es **Rahîm**, *Acrecentador*. Allah hace posible a cada ser y lo conduce a la plenitud: esto es lo que significan los términos **Rahmân -Rahîm** que acompañan la mención de su Nombre, para darnos una idea del caudal y fondo de esa Fuente.

naqûlu fî tawhîdi llâh mu‘taqîdîna bi-tawfîqi llâh* ínna llâha w âh idun lâ sharîka lah**

Decimos de la Reunificación de Allah -confiando en el auxilio de Allah- que: Allah es Uno, sin asociado alguno...

Éste es el fundamento del Islam, y es la idea-fuerza que está en la raíz de su cosmovisión y su espiritualidad. Se trata de una declaración inicial que resume la enseñanza de los profetas. **Allah** -el Creador de las realidades, el Vertebrador de cuanto existe, el Destino en el que todo confluye y concluye- es *Uno (Wâhid)*. El universo entero es recapitulación y prueba de su Poder, su Voluntad y su Ciencia. Lo que nos está configurando tiene un único núcleo, al que llamamos **Allah**. Allah está constantemente presente, no deja de mostrarse. Él es lo más claro y evidente, y por ello mismo es lo más difícil de expresar, porque es imposible abarcarlo: Él es quien lo abarca todo.

Conocer a Allah es la primera de las obligaciones, porque el conocimiento o la ignorancia de lo que *es* y de *quiénes* la Verdad (**al-Haqq**) que nos hace ser, condicionan la existencia

del hombre. **Allah** es la gran intuición primordial de cada ser humano , aquello que anida en él pero para lo que no tiene palabras y entonces losustituye con ídolos. Allah nos dice en el Corán: “*He enviado a cada nación un mensajero para decir a su pueblo que reconociera a Allah como su Único Señor y se apartara del Ídolo* ”.

Esas afirmaciones coinciden con lo que presiente el corazón puro y la razón rigurosa. La deformación o negación de esa certeza original es siempre resultado de influencias y circunstancias posteriores. El Profeta (s.a.s.) dijo: “ *Todo recién nacido está en estado de **Fitra** (es decir, reconoce espontáneamente la Unidad origen de su existencia y aún está inmerso en ella). Son sus padres los que lo hacen judío, cristiano o zoroastriano*”. El Corán nos dice: “ *Lo deforman y niegan (a Allah), -pero en sus adentros saben que Él es cierto-, y lo hacen porque se entenebrecen y porque exageran (otra posible traducción,... porque son injustos y sólo se ven a sí mismos)*”. El Islam es la recuperación de un presentimiento primordial y universal.

Allah -lo Eterno e Inefable, la Incógnita Creadora que está en los orígenes, más allá del espacio y el tiempo, de las normas, las imágenes y los límites, y es la urdimbre de nuestro presente rigiendo cada uno de nuestros instantes y el destino al que nos encaminamos- es *Uno* (**Wâh id**): es Uno en Sí, y es el Señor de los Mundos, y nada ni nadie está al margen de Él.

Allah es homogéneo, ‘compacto’, no tiene extremos ni partes ni fisuras, ni en Él hay conflicto ni contradicciones, y su Poder lo abarca y sujeta todo, en cada instante, sin interrupción. La existencia entera está supeditada a Él, que es Uno... El universo en su totalidad -el material, el espiritual, el imaginario- queda igualado y reducido así a la Unidad que lo gobierna desde las profundidades de su perfección, una perfección más sutil que las posibilidades del entendimiento, que queda desbordado ante la magnitud de ese Océano de Unidad y Soledad que el Islam le presenta y al que la razón lo asoma cuando afronta la posibilidad de abandonarse a lo irrepresentable.

La Unidad de Allah, que lo engloba todo, es la conclusión a la que llegan dos reflexiones (la del corazón y la de la razón) y tiene un doble alcance: primero, que Allah es Uno en Sí; y segundo, que lo creado está subordinado al Uno, siendo así reunificado todo bajo el dominio de la Verdad Soberana.

Esta noción esencial es lo que enseñaron los Mensajeros de la Verdad; el reconocimiento de la sabiduría que hay en esa intuición es el primer paso que se da en la dirección de la Verdad; y afianzarse en ella es el más elevado rango espiritual. Hay por tanto una invitación, una conmoción y un estado: la *invitación* (**da‘wa**) de los profetas -en coincidencia con la inquietud innata de cada hombre-, el *impacto* (**hâl**) que produce esta enseñanza demoledora de ídolos, y un *estado de perfección* (**maqâm**) para quien se asienta en esa Verdad tras peregrinar hacia lo que significa y lo que demanda la Unidad. Por tanto, la idea de Unidad implica un *saber* (**‘ilm**) y una *orientación* (**qasd**), y ambos son exigidos: saber que Allah es el Único Señor y rendirse a Él. Eso es la *Realidad*, la esencia de cada criatura y acontecimiento, y lo demás es confusión, conflicto, desequilibrio y frustración.

El Islam de una persona empieza cuando asume que su Señor presentido es Uno, y va depurando esta intuición, afianzándose en ella y progresando en su entendimiento y en el

compromiso que conlleva, y con esa misma afirmación debe salir del mundo para reencontrarse con la Verdad que ha vislumbrado en las honduras de su *sensibilidad espiritual* (el **Îmân**). El Mensajero (s.a.s.) dijo: “ *Entra en el Jardín aquél cuyas últimas palabras hayan sido: No hay más Verdad que Allah*”.

Con esta afirmación radical, el Islam niega e impugna todos los dioses de la humanidad. Los dioses, los ídolos, los redentores, los mitos, las supersticiones,... son productos de la imaginación, las maquinaciones, la ignorancia, las elucubraciones, el oscurantismo, la brillantez, los miedos y las esperanzas del hombre. Pero, cuando se impone la sensatez y el hombre descubre la nada de sus quimeras, cuando depura su mundo, su inteligencia y su corazón, entonces pasa a intuir la grandeza indescribible de la Verdad Absoluta que lo cimenta y en la que existe. Entonces vislumbra quién *es* Allah y el nexo indisoluble que lo ata a Él, quedando sobrecogido ante la Inmensidad, y también queda reunificado en un universo conjugado por el Uno-Único.

Allah no es reducible a nada, escapa a todo control, y todo está íntimamente sujeto a Él, y todo depende en cada instante de Él. Él es lo Real, pero nuestras circunstancias y prejuicios nos ciegan. Él es lo único eficaz: todo lo demás es transición y espejismo, esperanza y miedo. El desafío que el corazón presiente en lo más hondo de su *sensibilidad* (**Îmân**) es que Allah tiene un Poder irreducible y único que rige a cada criatura y cada uno de sus instantes sin dejarse atrapar ni rozar.

El Islam tiene en su base una espiritualidad antiidolátrica, y su sentido de la *Unidad y Unicidad de la Verdad* es subrayada aún con mayor intensidad cuando nos enseña que Allah no tiene *asociado* (**sharîk**): nada ni nadie lo sustituye, nada ni nadie comparte nada con Él, nada intermedia entre Él y cada una de sus criaturas, no existen sucedáneos para Él,... negando, de entrada, la necesidad de proyectos salvíficos, ídolos, poderes, clero, jerarquías, sacramentos, monopolios o instituciones mediadoras. Esto tiene graves repercusiones y configura una civilización que recupera esencias. Nada se interpone entre Allah-Uno y cada hombre singular, pues nada hay más cercano que lo Real. No hay delegación. Esto es lo que implica la negación del **sharîk**, el *asociado*. El **Shirk**, es decir, *concebir un asociado a Allah*, es la mayor desorientación, y el Corán lo llama *el Gran Perjurio* (**al-Hinz al-'Azîm**). En la base de toda idolatría hay un falso juramento.

El resto del Islam consiste en comprender lo que significan estas posturas tajantes, y deducir sus implicaciones y llevarlas a la práctica. El Islam es un esfuerzo continuado por ahondar en el conocimiento y saboreo de Allah *Uno* (**Wâhid**) en un proceso constante de *Reunificación* (**Tawhîd**). Y ésta, **Tawhîd**, es la palabra clave, la que no debe ser olvidada. El musulmán va reunificando ante sí a su Señor, profundizando en lo que significa su *Unidad* (**Wahdânîa**), rindiéndose en su dependencia respecto a Él, acercándose a ese desbordamiento creador, superando sus contradicciones, alcanzando la paz en la inmensidad de su Señor, deshaciéndose de ídolos y mentiras, purificando su percepción, su entendimiento y su acción... y se va reunificando a sí mismo ante Él huyendo de la dispersión, es decir, de las especulaciones, de las creencias, de las teologías y todo lo que entorpece una percepción clara y radical de una Verdad inmediata con la que el hombre tropieza espontáneamente y que lo incluye en la subordinación a su Grandeza,... pues Allah no deja de mostrarse y evidenciarse, de apoderarse de todo, y sólo hay que retirar el velo

que nos ciega, un velo que consiste precisamente en las complicaciones con las que el hombre se desvincula, se distancia de la Realidad, se amanaera ante Ella y la sustituye por un mundo de fantasías, sucedáneos, temores, suposiciones, teorías, esperanzas, ambiciones y frivolidades.

La meta del **Tawhîd** -es decir, la *Reunificación*, la gran empresa que se propone el musulmán, lo que lo va configurando como tal- es laplenitud en la Inmensidad del Señor de los Mundos. Avanzar en el **Tawhîd** es la aspiración que no debe ser ralentizada en ningún momento, pues es el bálsamo que calma la agitación del ser humano. El Corán nos dice: “*Es en el Recuerdo de Allah donde los corazones encuentran la paz*”. Por ello se ha dicho que enseñar el **Tawhîd** es lo primero y a la vez es la meta que se pretende alcanzar, y por ello todas las intenciones, todos los esfuerzos y todo el empeño son pocos, pues su objetivo es Allah Infinito e Inabarcable: se necesita del **Tawfiq**, la *ayuda y asistencia* de Allah mismo. Hace falta una fuerza sobrehumana, un entendimiento hondo, una luz que no sea enturbiada por nada, y Allah nos ha asistido con la Revelación del Corán y las Enseñanzas de Muhammad -la Sunna-, y no deja de guiar al que se orienta hacia Él con corazón sincero. La primera pista es que Allah es *Uno* (**Wâh id**), la segunda es que no tiene *socio* (**sharîk**), y así, de etapa en etapa, hasta la inmersión en lo que ello implica y en la grandeza de espíritu que comunica.

Para ello, y con toda claridad, desde el principio el musulmán tiene en Allah su único *Oriente* (**Qibla**): sólo a Él se somete, sólo hacia Él se dirige, y sólo en Él deposita su ser, sin asociarle nada.

wa lâ shâi-a mízluh*
y no hay nada como Él...

Éste es el **Tançîh**, el *criterio clarificador* que debe guiar la reflexión, y es la pista que impide desorientaciones: nada se asemeja a Allah ni Él se asemeja a nada de lo que conozcamos o podamos pensar o imaginar. Él es Remoto, y así debe ser asumido. En la renuncia a apoderarse de Allah está la posibilidad de acercársele.

Su *verdad más íntima* (su **Dzât**) es inaccesible al entendimiento o a la razón: Allah es increado, anterior a todo, y no se deja reducir a palabras, conceptos o nociones; las ideas no lo abarcan, toda reflexión se queda corta, el lenguaje es insuficiente,... y Él no se delega a sí mismo en nada. En Sí, en su **Ulûhía**, en su *Misterio*, es impensable, completamente Ausente a nuestras posibilidades. No hay nada que nos pueda servir de referencia para desentrañar ese vórtice de las realidades: no tiene igual, ni semejante, ni paralelo, ni definición, no se somete a nuestros criterios ni a nuestros valores, no es homologable a nada, no se deja atrapar por los pensamientos ni está sujeto a nuestros deseos y expectativas, no responde a nuestros criterios sino que nos contradice para permanecer en la Incógnita a la que sólo el corazón puede acercarse con su pasión, no con el desciframiento. El Corán nos ordena: ‘*Di: Él es Allah, Único*’, y dice también: “*No hay nada como Él*”.

La *Verdad íntima* de Allah (su **Dzât**) y su *Misterio insondable* (su **Ulûhía**) son ofrecidos al musulmán como un gran desafío, como si fueran un océano inabarcable en el que sumergirse para saborear su grandeza infinita o bien son como un desierto desolador en el

que perderse, sin más. Su disimilitud, su desnudez, su carácter completamente abstracto e indeterminado, su *pureza absoluta* (**Tançîh**), son lo único que puede ser dicho de modo categórico: todo lo demás serán indicaciones auxiliares, pero deberemos impedir que contaminen la claridad del **Tançîh**. Sólo así, con esa herramienta infalible, daremos pasos seguros sobre la senda que conduce hasta Allah. Se llama **Tançîh** al proceso con el que el musulmán va despejando lo que significa Allah de toda adherencia que suponga cualquier límite a su Señor, profundizando y avanzando en el **Tawhîd**, en la *Reunificación* ante sí de su meta última, completada con su *propiareunificación* ante Allah.

Ahora bien, el **Tançîh** entraña un peligro: el de hacer a Allah tan remoto que lo desvincula de la realidad y lo convierte en algo amorfo y distante, una nebulosa ajena a nosotros. Daría la sensación de que estamos al margen de Él y no implicados en su Poder, su Voluntad y su Ciencia, lo que nos llevaría a un dualismo (lo sagrado y lo profano) irreconciliable con el **Tawhîd**, y nos apartaría de la Unicidad, excluyendo nuestro mundo. Ese extremismo del **Tançîh** acaba haciendo de Allah algo impugnable, pues no sería más que el resultado de un ejercicio intelectual que no nos da la idea de su oceanidad: Allah es *la Verdad* (**al-Haqq**), es algo siempre más radical.

Para solucionar esta cuestión deberemos hablar de la relación de Allah con sus criaturas (es decir, deberemos hablar de sus *Cualidades* -**Sifât** - y de sus *Actos* -**Af'âl** -), y para ello usaremos un lenguaje inteligible aunque equívoco porque sugiere que Allah es, en cierta medida al menos, equiparable al ser humano. A esto se le llama **Izbât as-Sifât**, *Afirmación de las Cualidades*. Diremos entonces que Allah *oye, ve, habla, quiere*, apoderándose de nuestro mundo,... pero rompemos la representación antropomorfizadora que hay en estos términos afirmando la hegemonía del **Tançîh**.

Por tanto, el **Tawhîd** consiste en una doble operación. Con la primera evitamos cualquier antropomorfización, y con la segunda cualquier anulación del Señorío. Ambos extremos erróneos se han dado: primero, el **tashbîh** (la *comparación* de Allah), que deriva de un uso ingenuo de los términos comunes entre Allah y el ser humano, y en segundo lugar, por otro lado, el **ta'tîl**, la *anulación* de su Presencia, que es la negación de sus Cualidades y Actos (por miedo a la antropomorfización) con lo que se convierte a Allah en un simple concepto filosófico o teológico, etéreo e ineficaz, sagrado (es decir, separado de la realidad profana) y ofrecido sólo a la contemplación mística o a la especulación filosófica. La primera de estas dos desviaciones origina la idolatría grosera de los pueblos, la segunda está en la raíz de la idolatría metafísica de las élites intelectuales.

El Corán expresa así el equilibrio: “*Nada se asemeja a Él ...*”, oponiéndose a las comparaciones, “... *Él oye y ve*”, oponiéndose al **ta'tîl**. Lo correcto, lo que conjuga todos los aspectos, es la *síntesis* de ambos polos (el **ÿam'**), la reunión en un mismo punto del **Tançîh** antiidolátrico y la afirmación integradora de nuestra existencia en la supeditación al Ser Absoluto.

wa lâ shái-a yú'ÿiçuh*
y nada lo incapacita...

Nada influye en Allah, nada lo condiciona, nada lo vence, nada hay por encima de Él que pueda imponerle algo. Nosotros somos incapaces ante Él, no podemos poseerlo, abarcarlo ni limitarlo, no podemos controlarlo ni concretarlo en nada, no podemos ni pensarlo. Él sí nos encierra, nos domina, nos rige, a nosotros y a todo lo que existe, porque Él es la Verdad Absoluta y el Ser Real, el de Poder Configurador, el de Saber Abarcador, el de Voluntad Reductora. Esta combinación que lo hace infinitamente remoto en su *Esencia* (su **Dzât**) y en su *Secreto* (su **Ulûhía**), y lo concibe a la vez como Señor inmediatamente presente, más cercano a nosotros que nosotros, es la expresión de su *Plenitud* (**Kamâl**). Nuestra existencia, sometida a ese Misterio, es el espacio en el que se realiza su capacidad infinita. Por ello es posible la designación de Allah por sus Cualidades y Actos, magnificados por su Verdad Inaccesible y no reducidos a nuestro entendimiento limitante.

Esta conjunción de Profundidad y Presencia es su *Poder Determinante* (**Qudra**). El Corán dice: “ *Allah tiene Poder sobre todas las cosas*”, “ *Allah es Determinante de todas las cosas*”, “ *Nada se opone a Allah ni en los cielos ni en la tierra. Él es el Absolutamente Sabio y Poderoso*”, “ *Su Trono engloba los cielos y la tierra, y no le pesa preservarlos. Él es el Elevado, el Inmenso*”. Su Poder es su Verdad Absoluta en una acción creadora de la que derivamos y en la que estamos integrados.

Ésta es la interrelación en la que queda completado el círculo de la existencia y todo queda conjugado en el Uno-Único: su **Rubûbía** (el *Señorío*) y nuestra **‘Ubûdía** (la *subordinación*). Él nos ha creado y estamos sujetos a Él, en toda la Grandeza de la Verdad, en cada instante. Nada se le impone y Él se impone a todo, ninguna voluntad lo doblega, nada escapa a su Presencia, y su Querer lo somete todo. La contundencia de su Poder configura cada realidad, cada instante, cada fenómeno, pero nada llega a Él, nada lo roza, nada lo aprisiona, nada lo condiciona, nada coarta su Libertad Absoluta.

wa lâ ilâha gáiruh*
y no hay ilâh, salvo Él...

Esto resume lo anterior y es el resultado del proceso desidolatrizador. El término **ilâh** designa lo singular, lo impensable, lo poderoso, lo eficaz, lo caracterizado por la **Ulûhía** (el *Misterio insondable de la Libertad Absoluta*)... pues bien, *no hay más ilâh que Allah (lâ ilâha illâ llâh)*: ésta es la puerta del Islam. Con este *reconocimiento* (**shahâda**) empieza la auténtica rendición del ser humano ante su Señor.

Toda la realidad, todo lo que vemos, oímos, imaginamos o podemos representarnos de un modo u otro, todo ello carece de esas cualidades infinitas de las que se ha hablado desde el principio, y por tanto no son la Incógnita Absoluta que está en todos los orígenes, sostiene cada realidad, la gobierna y la reconduce hacia Sí con la muerte. Nada es Allah. Cuando el hombre se rinde o se somete a cualquier ídolo, a cualquier dios que invente, cuando acepta como su señor a un semejante o a una circunstancia, cuando se doblega o sobrecoge ante un concepto o un deseo, se está rindiendo a lo que *no es Allah*, a lo que no tiene las cualidades vertebradoras de nuestra existencia, y se está confundiendo de orientación. Nuestras envidias, recelos, rencillas, nuestra avaricia y cobardía, todo ello viene de nuestra cortedad ante Allah: somos incapaces de imaginárnoslo. Si lo hiciéramos, todos nuestros fantasmas se desvanecerían necesariamente y pasaríamos a confiar en la Verdad que rige cada instante

y seríamos relanzados por espacios abiertos. El germen de toda mediocridad y vileza es la idolatría.

El hombre diviniza todo lo que le apabulla. Por ello ha convertido en mitos y dioses a reyes, a profetas, a santos y a ángeles, a fenómenos de la naturaleza, a demonios que le obsesionan, a circunstancias que lo quiebran, a esperanzas con las que sueña, a ilusiones que lo confunden, a ambiciones que le atormentan,... y se someta a todo lo que cree que tiene *poder* o *influencia*. El Islam está en contra de todo eso: “*Sólo hay fuerza y poder en Allah*”.

El hombre inventa **áliha**(plural de **ilâh**), es decir, sustitutos de la Verdad y en los que imagina que está contenido lo incontenible. Se trat de intentos de abarcar lo que en esencia es huidizo, esa intuición primordial que presente en su corazón. Es el afán por controlar aplicado a lo trascendente. El hombre intenta atrapar el *Poder*. El Islam ataca esa inclinación del ser humano para enfrentarlo con la desnudez del **ilâh** Verdadero, de la *Realidad* que es verdaderamente apabullante porque es la que articula la realidad y no es reducible ni concebible más que en la anulación de los dioses, ya sean ídolos o conceptos abstractos, ya sean materiales o espirituales, ya sean terrores o aspiraciones, ya sean burdos o idealizados. Ante Allah sólo cabe el **Islâm** , la *rendición* , la **taqwà** , el auténtico *sobrecogimiento*, y el **Ijlâs** , la *sinceridad pura*, la intención liberada de mediocridades.

La expresión **lâ ilâha illâ llâh** , *no hay más ilâh que Allah*, es perfecta y lo resume todo. Quiere decir que no hay **ilâh** (algo verdadero, poderoso, eficaz) más que Allah, el Uno-Único, el Irrepresentable. La primera parte de la frase es una *negación* (**nafy**) que nos invita al **Tançîh** , a deshacernos de nuestros dioses, a dejar atrás el intento de dar configuración a eso que está en la raíz de todo, de cada criatura y de cada acontecimiento. Una vez culminado ese proceso antiidolátrico estamos en condiciones para asomarnos al Infinito.

Por ello, la segunda parte de la frase es una *afirmación* (**izbât**): “... *más que Allah*”, ... *sólo Él* ,... y que nos envuelve en la Grandeza de una Verdad cuya magnitud no podemos calibrar ni limitar y por ello nos envuelve, se apodera de nosotros y nos engulle. En esa Inmensidad que sigue a la desidolatrización, descubrimos, fascinados y penetrados por la Verdad, lo que quiere decir el Nombre **Allah**. Mientras tanto, por mucho que queramos, por intensos que sean nuestros esfuerzos y profundas nuestras reflexiones, no lograremos vislumbrar lo que significa el Ser Absoluto. Es necesaria, por tanto, una purificación: no se accede de otro modo a Allah. Al igual que los recogimientos del musulmán ante su Señor van precedidos de abluciones, acercarse a la Verdad de Allah exige de un ejercicio previo, requiere un profundo acto demoledor de todo aquello con lo que queremos determinarlo, incluso inconscientemente. Sólo así estamos habilitados para entrar en su *espacio privado* (su **Harâm**) sin contaminarlo con nuestros prejuicios.

Por todo ello, la frase **lâ ilâha illâ llâh** es perfecta. Afirmar simplemente la Unidad de Allah es insuficiente. La afirmación de Allah debe ser el resultado de una peregrinación en la que se van dejando atrás las trabas que nos impiden realmente entender lo que es esa dimensión irrepresentable: “*No hay ilâh, sólo Allah*”. Sólo tras la primera operación se conoce a Allah y sólo entonces se le certifica porque ante el musulmán su Señor pasa a englobarlo todo, a penetrar en todo, a manifestarse en todo, siendo lo verdaderamente

irrefutable, tal como dijo el Profeta (s.a.s.) -repetiendo la estructura de la frase que hemos analizado (la **shahâda**)-: “ *No des testimonio más que de lo que tiene la claridad del sol*”, y Allah es, en realidad, lo que tiene un resplandor superior al del sol cuando son apartadas las nubes. Allah brilla en el cielo despejado de su siervo.

qadîmun bilâ btidâ* dâimun bila ntihâ*

Antiguo, sin principio; Eterno, sin final...

Allah no es descriptible: las palabras son insuficientes. Pero hay que utilizarlas para iluminar nuestro mundo, construido sobre conceptos. Pero hay que hacerlo con *delicadeza* (**adab**) para evitar efectos distorsionadores. Por ello se aconseja atenerse a las expresiones de los profetas. El Corán dice: “*Tu Señor -el Señor del Amor Propio- está muy por encima de las descripciones (que hacen de Él los hombres). ¡Paz a los profetas y alabanzas a Allah, Señor de los Mundos!*”. Con esto, Allah se declara al margen de lo que digan los seres humanos, y sólo acepta los términos que Él ha revelado a sus mensajeros, que son palabras de paz para los corazones y sendas hacia Él. En las enseñanzas de los profetas no hay pretensiones especulativas sino pistas para los sinceros. En ellas hay claves para los que se purifican, no para los que buscan entretenerse y satisfacer simplemente su curiosidad o su vanagloria. Por ello, es importante limitarse a esas revelaciones que van dirigidas a la **Fitra**, a la *naturaleza primordial* del ser humano, a la espontaneidad de su corazón, donde encuentra correspondencias a un nivel mucho más profundo e iluminador que el que permite la satisfacción en los juegos de palabras.

Allah no tiene *principio* (**ibtidâ**) ni *final* (**intihâ**). Es *Antiguo* (**Qadîm**) sin orígenes, y es *Eterno* y *Permanente* (**Dâim**), absolutamente *Constante*, sin interrupción, sin variación y sin final. Para esa Incógnita que nos precede y nos sigue cuando morimos -cada uno de nosotros y la existencia en su conjunto- no hay tiempo: el tiempo es nuestro límite, pero para Él no hay condiciones. Allah es el Creador del tiempo. El Corán nos dice: “*Él es el Primero y el Último* ”. El tiempo está inserto en la Verdad, pero no la contiene. El Profeta (s.a.s.) dijo: “ *Allah: Tú eres el Primero y no hay nada antes de ti, y Tú eres el Último y no hay nada después de ti*”.

Éstas son intuiciones del corazón en consonancia con las palabras de los profetas que invitan al ser humano a despojarse de límites esa Verdad y sumergirse en sus connotaciones, saboreando ese Poder anterior a todo lo que existe, que soporta cada instante de lo que existe, que trasciende todo lo que existe, que permanece cuando nuestro mundo se esfuma en su precariedad.

El No-Principio y el No-Fin son palabras para designar la perplejidad que sobrecoje al ser humano cuando reflexiona sobre las dimensiones del Ser y encuentra que el encadenamiento y la sucesión de todo lo creado alcanzan un límite, en sus orígenes y en su final, que tiene en ambos extremos el infinito de un Abismo Irrepresentable. En esa conclusión descubre que su existencia y la del universo es un instante en medio de un Océano que supera lo que puede concebir. Entonces Allah se le presenta llenando esa Eternidad en la que estamos instalados. Eso que es Infinito es el soporte de nuestro momento efímero. Y entonces la razón empieza a dar vueltas en torno a ese Eje inconcebible y da fe de esa grandeza presentida en lo hondo de su meditación.

lâ yafnà wa lâ yabîd*
no se extingue ni tiene ocaso...

Con esta precisión, el autor de la ‘**Aqîda** quiere subrayar el carácter eterno de Allah: Él no muere, mientras que todo lo que existe acaba aniquilado. La muerte es creación suya, y no está por encima de Él. Al contrario, Él tiene absoluto dominio sobre ella. El Corán dice: “*Todo lo que hay sobre la tierra es transitorio y se desvanece, y sólo permanece inalterable la Faz de tu Señor, el Poseedor de la Majestad y la Nobleza*”. Allah es el Uno-Eterno, el Abismo Infinito, y está fuera del tiempo, absolutamente incondicionado. Allah no es afectado por ninguna aniquilación ni es exterminado por nada. Todo esto hace nacer en nosotros el desconcierto ante la Verdad en la que existimos y a la que nos estamos asomando.

wa lâ yakûnu illâ mâ yurîd*
y sólo es lo que Él quiere...

El Profeta dijo: “*Lo que Allah quiere que sea, es; y lo que no quiere que sea, no es*”. Estas palabras contienen la ruptura definitiva con el mundo de la idolatría. El Corán dice: “*No queréis hasta que Allah quiere*”. Todo en la existencia plasma únicamente la *Voluntad (Irâda)* de Allah, Señor de los Mundos. Nada es contrario a su querer, nada escapa a su deseo, nada se opone a su decisión, nada se sostiene ante Él. En realidad, no hay más Voluntad que la suya. Con esto nos sumergimos definitivamente en el Océano de la Unidad y en la paz más reconfortante. Ésta es la clave que nos sitúa por completo en el Universo de Allah, demoliendo nuestras ficciones.

Hemos hablado de la **Dzât** de Allah (de su *Esencia*) y hemos afirmado su *Unidad (Wahdânía)* y le hemos negado *socio (sharîk)*, rechazando de entrada toda forma de idolatría, asumiendo la inasequibilidad de su Secreto, negándonos a representarnos esa Incógnita. Y también hemos hablado de sus *Cualidades (Sifât)* llevándolas al infinito y situándonos entre dos posturas: la de quienes las **iegan** y separan a Allah del mundo, y la de quienes interpretan esas Cualidades de modo ingenuo y antropomorfizan a Allah. Gracias a las Cualidades sabemos que Allah -Remoto e Infinito- es, a la vez, Presente e Inmediato, embargándonos de un modo inexpresable.

Nos queda por hablar de sus *Actos (Af'âl)*, que son ‘nuestra existencia’, y asentarnos en la Unidad en lo que se refiere a este asunto, en el que también, como veremos, se dan dos extremos opuestos. Para adentrarnos por este resbaladizo terreno -el más cercano a nosotros- deberemos primero relativizar nuestros valores y anularlos en la Grandeza de Allah, agigantando nuestros criterios en las inmensidades de la Verdad, que siempre está mucho más allá de nuestras expectativas, convicciones, contradicciones o esperanzas.

Todo cuanto tiene realidad y hechura es obra de Allah. Existen el bien y el mal, lo que nos gusta y lo que nos disgusta, lo que nos enamora y lo que nos aterroriza, lo que nos satisface y lo que nos frustra, lo que nos conmueve y lo que nos hace rebelarnos,... todo existe en medio de razones que se nos escapan y a las que ineludiblemente estamos sometidos. Hay, por tanto, infinitos opuestos, y tienen *realidad*. Y es Allah el que realiza las cosas.

La fuerza con la que se impone la Realidad es el *Poder Determinante* de Allah (**Qudra**). La contundencia del mundo es signo de la Presencia Inmediata de la Verdad. Nada tiene origen fuera de Él, nada es expresión de lo que no sea su *Voluntad* (**Irâda**), por mucho que nos contrarie. Es más, aquello que nos contraria, lo que escapa a nuestro gusto, a nuestro entendimiento y a nuestro control, es manifestación de la Preeminencia de Allah, es señal del cumplimiento de una *Voluntad* que no depende de nosotros. En cada extremo, Allah se da a conocer. Con lo bello y agradable, Allah se hace amar. Con lo terrible, Allah rinde al hombre. Ante lo terrible el hombre descubre su impotencia e intuye a su Verdadero Señor Irreductible. Abatiendo ante Allah su estandarte, el musulmán fluye con la *Voluntad* verdadera en la que descubre el secreto que lo mueve en lo más íntimo, el misterio creador de su realidad. Ante Allah claudica la ficción, y lo auténtico emerge desbordándose a través del que ha renunciado a su fantasma para pasar a existir en el Querer que mueve, desde lo recóndito, a la molécula y también al astro imponente. Con ello, el ser humano no pierde 'voluntad' sino 'supuestos': en lo más hondo de sí se reencuentra con la *Voluntad Una* que lo hace ser realmente.

El **Tawhîd** es el esfuerzo por alcanzar el sentido más puro de la Unidad, y nos exige negar toda influencia y decisión que no sean de Allah Uno. Esto nos lleva a afirmar el *Decreto* (**Qadâ**) y el *Destino* (**Qâdar**). Todo está *predeterminado* (**maktûb**), es decir, tiene orígenes remotos: lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, lo justo y lo injusto, lo amable y lo terrible. Todo, cada instante, cada acontecimiento, está asentado sobre una eternidad fecunda.

Nada pasa a la existencia o se mantiene en la nada, nada vive o muere, es o deja de ser, está sano o enfermo, es pobre o rico, es feliz o desdichado, es recto o se desvía, es musulmán o no-musulmán, nada se mueve o se está quieto, sin que sea porque Él quiere que sea así. Nada se acerca a Allah, acogiéndose a su Abundancia, o se aleja de Él, condenándose a la Privación, si no es porque Él así lo ha decretado. Nadie acepta a Allah, exponiéndose a su Generosidad, o lo rechaza, sumergiéndose en su Ira, si no es porque Él así lo determina. Nadie es afortunado o desgraciado si no porque Allah así lo ha decidido. Nadie tiene una voluntad independiente de lo que Allah impone. Sólo existe su *Voluntad*, rigiéndolo todo. Éso es el *Destino* (**Qâdar**), la realidad irrecusable, la fuerza de lo actual.

Todo ocurre según lo quiere Allah, y entre aquello que Él quiere que sea hay cosas que ama porque quiere amarlas y hay cosas que detesta porque quiere detestarlas -Él sí elige-; y ordena al hombre que haga lo que Él quiere y le prohíbe lo que Él odia, y hace que cada hombre se sitúe en el campo que Él haya querido para él, y le da la voluntad y capacidad con las que cumplir su destino -Él sí impera-. Todas las criaturas ejecutan lo que Allah decreta, pero los musulmanes hacen lo que Allah ama y combaten lo que Él odia: ésta es la diferencia. Y ésta es la expresión de la absoluta Preeminencia del Uno-Único, su *Arrogancia* (**Kibriyâ**) que es con lo que Él se impone de acuerdo a la majestad de su Esencia y a la sabiduría de su Ciencia. Y esto nos invita a una *absoluta claudicación* (**Islâm**).

Existe, por tanto, una *Voluntad Absoluta* (**Mashî-a**, o **Irâda Kaunîya**) que es la que da el ser a toda realidad, y existe una *Voluntad que escoge y se revela* (**Irâda Shar'îya**). Según esto, *gentes de Allah* (**ahl Allah**), las de su elección, son quienes se someten a su *Voluntad*

expresa, y realizan lo que Él ama (el bien, la justicia, la belleza, todo lo que se le parece) y luchan contra lo que Él detesta (el mal, el egoísmo, la idolatría, la opresión). Él vuelca la *abundancia de su bien* (su **Rahma**) sobre los suyos, los que desean acercársele, y desencadena su *Ira* (**Gádab**) contra los que han preferido lo que Él detesta.

Con esto el autor responde a los que tienen el libre albedrío (los qadaries). Si existiera esa libertad, algo sería autónomo respecto a Allah, algo o podría cumplirse al margen de su querer, pero Allah es la Verdad que lo integra y lo rige todo. Si afirmáramos una voluntad autónoma de la suya nos alejaríamos de la integración de la existencia en una única realidad. La autonomía del ser humano es un ídolo, un sueño de su ego, algo sin eficacia que no penetra en las realidades. Recurriendo al Destino seguimos profundizando en el **Tawhíd**, en la *Reunificación* que nos acerca a la comprensión de lo que es la Unidad, y no a un dios hecho según nuestras medidas, arbitrariedades, juicios y valores.

Sin embargo, la postura de los musulmanes frente a los **qadaries** no los sitúa en el bando opuesto, en el de los **yabries** o *fatalistas*. Los **yabries** son aquellos que, al afirmar que todo resulta de una *imposición ineludible* (el **yabr**) es inútil la acción porque se carece de elección. Se excusan detrás del Destino para juzgar a Allah, practicar la pereza o para defender sus necesidades y desaciertos. Han convertido el Destino en una justificación, no en un conocimiento profundo -en sus honduras, en el Destino el musulmán encuentra la clave de su radical soberanía, una vez disueltos los engaños con los que estaba envuelto en un conflicto estéril consigo mismo-. El **Qádar**, el *Destino*, es el Poder de Allah presente en cada momento, imponiéndose a todo. Pero el ser humano es pura 'acción': renunciar a ella es renunciar a la condición humana y a la vida. Nuestras 'elecciones' son signos de la presencia del Poder de Allah en una síntesis que las palabras no pueden expresar.

Todo lo anterior hace que el Islam sea extraordinariamente tolerante sin degenerar en nihilismo, desidia o falta de juicio y criterio. Y por otra parte, la idea de Destino comunica paz y sabiduría. Cada cosa es lo que Allah quiere que sea, pero la acción de cada cual es signo del terreno en el que está y por ello se aconseja el bien y lo mejor, que es síntoma de estar en el mejor de los destinos. Por ello, y mientras consideremos que tengamos fuerza y poder de elegir, debemos optar por lo mejor -que es el Islam, lo 'elegido' por Allah- hasta que seamos sumergidos en la contemplación del Destino, es decir, de la Verdad.

La diferencia entre **qadaries** y **yabries** surge de las inquietudes que despierta la cuestión del Destino: si lo negamos perdemos el horizonte de la Unidad, si lo afirmamos carece de relevancia todo. La *Gente de la Sunna* (**ahl as-Sunna**) se sitúa en medio: afirma el Destino y la relevancia de los actos humanos, y ambos se implican en la raíz de todo lo verdadero, coincidiendo de un modo extraño e inexpresable. El Destino es el océano en el que se agita nuestra existencia y nuestra libertad y, por otro lado, nuestros actos son lo que Allah quiere y por ello mismo se realizan y son realizadores. El Mensajero de Allah (s.a.s.) fue ejemplo de un dinamismo inmerso en el Querer de Allah. Él (s.a.s.) nos invitó a desatar todas las posibilidades que Allah ha depositado en nosotros, pasando a ser agentes en la existencia. Por ello proclamó el **Yihád**, la *lucha*, el *esfuerzo*, y declaró que era obligatorio para cada musulmán hasta el fin del mundo. No somos pasivos ni nos rendimos ante las circunstancias, sino agitación y nervio que deben tener su cauce. El Corán dice: "*Allah ha*

creado la muerte y la vida para probar quién de vosotros es el que actúa de forma más hermosa”, es decir, todo está dispuesto para que el hombre saque lo que hay en él.

Hablar del Destino es ofrecer un marco en el que existir sumergidos en la Unidad de Allah. Tenemos conciencia de nosotros mismos, porque Allah lo ha querido. Distinguimos entre el bien y el mal, y constantemente optamos -coincidiendo ineludiblemente con lo que Allah quiere-. En esa conciencia somos independientes hasta que no descorramos el velo que nos separa de la contemplación del Destino. Mientras estamos en el velo, viviendo nuestra libertad, tenemos que ser coherentes y obrar en consecuencia, dentro de la existencia que sabemos que está inscrita en el Destino que lo unifica todo. Nada nos justifica, y lo sabemos: lo contrario es retórica, escudarse detrás de lo que se ignora. Nuestras elecciones son reales, y tenemos criterios y medidas que debemos ejercitar, pues Allah nos los ha dado. En nuestro mundo somos libres, dotados de una voluntad que da expresión a la Voluntad, y debemos elegir lo que más nos convenga, aun cuando sepamos que en el fondo todo haya sido ya decidido y clausurado en la eternidad que está por encima de lo que podamos concebir, una eternidad que saboreamos al final del proceso del **Tawhîd**, la *Reunificación* que nos permite identificarnos en la Verdad.

lâ tábluguhu l-auhâm* wa lâ túdrikuhu l-afhâm*

No lo alcanza la ilusión, no lo percibe el entendimiento...

El Corán dice: “*La ciencia de los seres humanos no abarca a Allah*”. La *ilusión (wahn)* - es decir, lo que el hombre quisiera que fuera Allah- no llega a intuir su Grandeza. Y el *entendimiento (fahm)* -es decir, la capacidad real del hombre de conocer- no percibe la Verdad de Allah. Allah es Indeterminable, y ésa es la anchura infinita en la que cabe la grandeza que fundamenta al ser humano. Lo que *es* Allah (su **Dzât** , su *Esencia*; su **Ulûhía**, su *Misterio*) escapa a las posibilidades de la criatura: no responde a sus expectativas, no cabe en su imaginación ni es abarcada por la razón. El Misterio de Allah está en su capacidad para desconcertar. Nuestro desconcierto *es* el conocimiento que tenemos de Él. Todas estas observaciones son pertinentes en el contexto de la mención del Destino, que es la idea a la que se llega cuando empieza a calibrarse el carácter absoluto de nuestro Señor Verdadero (**Rabb**).

El Profeta dijo: “ *No habléis de la Esencia de Allah; medita en sus Cualidades*”. Sólo nos es dado reconocer sus Cualidades -los detonantes de su relación con nosotros, las realidades unitarias configuradoras de nuestro mundo y nuestras acciones- tal como Él se ha descrito a sí mismo, y son Cualidades Majestuosas que nos invitan a rendirnos ante Él, y ésa es la vía que conduce a un crecimiento en la Inmensidad de la Verdad Trascendente designada por la palabra **Allah**. En este sentido, sabemos que Allah es Uno, Impenetrable, Creador, Vivificante, Aniquilador, Poderoso, Reductor, Soberano, oye y ve,... y que todo está bajo el dominio de esos Atributos Infinitos.

Las *Cualidades* de Allah (**Sifât**) tienen un interés práctico. Nos incumben y nos enseñan la magnitud del Océano en el que existimos y cómo relacionarnos con Él. Lo que se puede deducir de las **Sifât** es perturbador, y por ello es transformador. El autor insistirá en esta cuestión más que en ninguna otra. Las Cualidades nos hablan de Allah y de nosotros: Él es el Señor (**Rabb**) y a Él estamos subordinados. A realizar conscientemente esa

subordinación (**‘ubûdía**), a vivirla con toda la intensidad de la que somos capaces gracias a las facultades con las que Allah nos ha dotado poniéndonos por encima de los instintos, es a lo que nos invita el Islam, la rendición a Allah -u na rendición que es la que nos hace esponjosos a los significados de **Allah**-. Las Cualidades describen a Allah en su Grandeza o en su Relación de *Señoría* (**rubûbía**) con la que rige la existencia: “ *Y Él es el que oye y el que ve...*”.

wa lâ yúshbihuhu l-anâm*

Y los seres humanos no se le parecen...

El autor vuelve con esto a la cuestión del **Tançîh** (el *proceso de abstracción*) que debe regir siempre las reflexiones. Es el criterio que debe estar a la cabeza de cualquier exposición de la **‘Aqîda**, la *cosmovisión* del Islam, el *conjunto de las ideas-fuerza* que lo estructuran. Es, por tanto, uno de *los fundamentos de la senda transformadora* por la que se transita hacia Allah (los **ûşûl ad-dîn**). En este sentido, el autor niega que los *seres humanos* (**anâm**) se parezcan en algo a Allah, y por tanto carecen de elementos para establecer comparaciones.

El **Tançîh** es siempre una *negación* (**nafy**) con la que se destruye la posibilidad de cualquier representación antropomórfica. Con ello, matamos todos nuestros dioses y nos liberamos *para Allah*. Es lo expresado al principio de la **shahâda**, el *testimonio* de cada musulmán: **lâ ilâh**, *no hay verdad...* Ahora bien, esta negación es insuficiente, es a lgo no culminado. Es un primer paso para llegar a la *Pureza Absoluta: Allah*. A partir de aquí empieza la *afirmación* (**izbât**): reconocemos a Allah en el ejercicio de su Poder, su Voluntad y su Ciencia, que nos afectan. Es decir, lo descubrimos en las Cualidades gracias a las cuales somos lo que somos. La *afirmación* (el **izbât**) es superior a la *negación* (el **nafy**): es el Jardín en el que se deleitan los sabios. Tras la declaración con la que evita confusiones al decir que Allah no es semejante en nada a lo que el hombre puede reconocer, el autor de la **‘Aqîda** comienza una descripción positiva en medio de esa poderosa sugerencia.

háyyun lâ yamût* qayyûmun lâ yanâm*

Viviente que no muere, Subsistente que no duerme...

Estas frases sirven de ejemplo para que nos demos cuenta del alcance de lo dicho. Podemos decir de Allah que está *Vivo* (**Háyy**), como el ser humano,... pero Él no muere, mientras que el ser humano está sometido a la muerte. Con la palabra ‘Vivo’ queremos decir que Allah no está muerto, pues si dijéramos de Él que está muerto, nuestro mundo no existiría porque no hubiera sido creado. Lo muerto no crea nada, mientras que el mundo necesita de un Creador, que deberá estar Vivo y ser Vivificante aunque lo que sea su vida se nos escape. La palabra, por tanto, nos sirve para entender algo, es nuestro recurso,... pero es insuficiente porque no podemos imaginar algo que al final no muera, pero Allah no tiene final. La palabra es útil por un lado, pero equívoca por otra. Hay una ‘semejanza’, pero por la parte de Allah la noción que se usa tiene proporciones irrepresentables, como enseña el Corán: “ *A Allah corresponde la parte sublime en la comparación* ”.

Lo mismo sucede con *Subsistente* (**Qayyûm**), que quiere decir que Allah existe por sí mismo y soporta a cada criatura, que Él late en ella fundamentándola sin necesitar Él de

fundamento alguno. Pero todo lo que soporta una carga se cansa,... mientras que Allah no duerme. Con esta última matización escapamos de la posibilidad de antropomorfizar a Allah, y así las palabras se vuelven válidas y brillantes para expresar algo cuya finalidad es la de servir de estímulo al corazón, y no para abarcar a Allah.

El **Tançih** nos sumerge en el Océano de lo Infinito, y el **Izbât as -Sifât**, la *Afirmación de las Cualidades*, nos relaciona y nos supedita a lo que intuimos en esa eternidad. El Corán nos dice: “ *Los rostros se rinden al Viviente, el Subsistente*”. Estos dos Nombres de Allah, **Hayy-Qayyûm**, son de los más sugerentes: nos hablan de Él y nos hacen vivir en Él. Ante el Viviente quedamos desconcertados: la vida pierde estrecheces. Ante el Subsistente, dejamos atrás nuestros miedos y nuestros recelos, **partamos** nuestra mediocridad, pues Él nos libera de dependencias.

jâliqun bilâ h âya* râçiqun bilâ mu-na*
Creador sin necesidad, Proveedor sin carga...

Todo lo que existe es *creación (jalq)*, es decir, tiene un principio y es el fruto de un Poder, una Voluntad y una Ciencia infinitas que han sacado a las *criaturas (majlûqât)* de la Nada anterior a su existencia, de la indeterminación absoluta. Allah es la razón de ese paso. Él es la Incógnita que ha decidido que existamos.

La reflexión es sencilla: el universo podía no haber existido, y llamamos **Allah** a lo que se inclinó en favor de su existencia. Cuando no había nada, tampoco había causas: Allah es lo indecible que escapa a todos los razonamientos pero cuya Verdad intuimos en la necesidad de encontrar ‘algo’ que fuera punto de arranque, pero por el carácter mismo que imponen las condiciones de la Nada, ese ‘algo’ debe tener un carácter excepcional, tremendo. Éste es también el punto inicial de todas las reflexiones en torno a Allah, lo que nos induce a acentuar la irrepresentabilidad de su *Esencia (Dzât)*: no podemos ni imaginar lo que Allah sea en Sí, pero sí podemos calibrar su Poder aunque sea sólo con adjetivos que indiquen desproporción. Una vez el universo pasó a la existencia, el universo mismo nos habla de la Realidad que lo hace ser, y entonces estamos en el espacio de las *Cualidades (Sifât)*.

Empezamos diciendo que Allah es *Creador (Jâliq)*, y lo es porque quiere, no porque necesite de algo. Él no es causado ni sus actos tienen más razón que la de su propia Voluntad anterior a toda otra. Él carece de toda *necesidad (hâya)*. Y mantiene a sus criaturas (Él es *Proveedor, Râçiq*), recreándolas en cada instante y obsequiándolas como cuanto necesitan, sin que ello mengüe lo que Él es. El dar no lo disminuye, ni le supone una *carga*. Él no es *cantidad* que aumente o encoja.

Que la criatura necesite de Allah quiere decir que constantemente depende de Él. En ningún momento la realidad de la criatura cambia: no se transforma en un ser separado. Esto es muy importante. En todo momento la criatura demanda la asistencia de Allah para seguir existiendo: necesita de su aire, de su calor, de su soporte, de su inspiración. Nunca la criatura es suficiente por sí ni se emancipa. Y está sujeta al Acto Creador hasta en lo íntimo de su ser, en su raíz misma. Allah la provee. El ser humano, y todo lo suyo, es un cúmulo de permanentes posibilidades a la que Allah da la realización que Él quiere. El Corán lo

expresa diciendo: “ ¡Oh, gentes! Vosotros sois los pobres, y necesitáis de Allah, mientras Él es Rico y Elogiado”.

mumî tun bilâ majâfa* bâ‘izun bilâ mashaqqa*

Mata sin miedo, devuelve la vida sin esfuerzo...

La muerte (**mâut**) no es la *nada* (**‘âdam**) de la que hemos surgido, es *algo* que ha pasado a existir desde el momento en que los seres han sido creados, y los acompaña. Tiene su propio estatuto. La muerte, al igual que la *vida* (**hayât**), forma parte del ser. El Corán dice: “ Él es quien ha creado la muerte y la vida para prob ar quién de vosotros actúa de una forma más hermosa”. Allah es **Muhyî**, Dador de Vida, y es **Mumî t**, Dador de Muerte: todo lo nuestro está en sus Manos, todo es configurado por Él.

La muerte no nos libra de Allah: Él la sostiene. Por ello pedimos a Allah que se apiade de nuestros difuntos, pues están completamente a su merced. Seguimos dependiendo de Él en nuestra tumba. Es más, en la muerte ningún velo nos separará de Allah. En nosotros se ejecutará su Voluntad -al igual que actualmente entreteje nuestra existencia- sin que nada desvíe nuestra atención, como ocurre ahora que nuestra agitación nos hace concebir dioses en los que buscamos consuelo. La muerte es la hora verdadera, es el encuentro con lo Real, es más *vida* que la actual porque nada la entretendrá. Con ella accedemos al *Dominio de Allah* (**al-Âjira**), y el Profeta describía el encuentro con lo Real tras la muerte con imágenes que sugieren que esa emoción es más poderosa que las que el cuerpo siente en vida. En la muerte, todo será tremendo porque el hombre habrá perdido el control sobre el mundo y será pasivo en Manos de su Señor, estado absolutamente expuesto a Él, sin que sus fantasmas intermedien. Y esto es terrible: es la Resurrección a la que se refiere el Corán, el paso a la absoluta intensidad del ser. El Corán nos describe esa eternidad como placer que embarga al ser humano o como sufrimiento para el que no hay descanso, en una violencia que sólo las peores pesadillas acercan al entendimiento.

Allah mata a sus criaturas al igual que les da la vida, y no teme ningún reproche o venganza del mismo modo que no nos ha creado porque necesite de nuestra gratitud. De ahí el carácter irreductible de la muerte. Los seres humanos son aniquilados, uno tras otro, sin que la Verdad que ejecuta esas sentencias se arredre ante nada ni se inmute: la vida y la muerte son lo mismo para Ella. Somos nosotros los asaltados por los terrores y las incertidumbres. Por esto se dice que Allah no es afectado por ningún *miedo* (**majâfa**), y nada tiene fuerza ante Él. Y esto es lo que hace que sus Actos sean contundentes.

Así como mata, Él es capaz de devolver la vida a las criaturas y resucitarlas sin que sea para Él un *esfuerzo añadido* o le suponga una *penalidad* (**mashaqqa**). Lo que nos resulta difícil de admitir -el ser en la muerte, que se nos ofrece como algo insalvable- es indiferente para Él. Para Allah no hay diferencia entre una cosa y otra, entre el dar la vida, el retirarla o el devolverla en medio de la muerte como ya la ha creado en el seno de la nada, que es un espacio aún más inconcebible. El prodigio de la creación es para Él igual que la recreación. Esto es importante porque intuimos que habremos de reencontrarnos con Él puesto que la muerte no es la Nada. De la *Resurrección* (**Ba‘z** o **Qiyâma**) y su fundamento hablaremos más adelante. Allah es **Bâ‘iz**, el que deposita vida a los muertos, el que los hace ser en la muerte.

mâ çâla bi-s ifâtihi qadîman qâbla jâliqih* lam yâçdad bi-kâunihim shâi-an lam yâkun qâblahum min sífatih* wa kamâ kâna bi-sifâtihi açal íyan* kadzâlika lâ yaçâlu ‘alaihiâ abadiyan*

Él era Sin-Principio con sus Cualidades antes de su acto creador. Sus Cualidades no han aumentado -cuando sus criaturas han pasado a ser algo- por encima de como eran antes.

Del mismo modo que antes era Sin-Origen en sus Cualidades, lo es en ellas igualmente Sin-Final...

El autor nos habla aquí del carácter inmutable de Allah, del *Sin-Principio (Qídam)* y el *Sin-Fin (Áçal)* de su *Esencia (Dzât)* y de sus *Cualidades (Sifât)*. Él y su modos de ser no conocen alteración. Y éstas son nuestras raíces, los gérmenes de los que hemos fructificado, las realidades sobre las que existimos. Sus Cualidades son su *Plenitud (Kamâl)*, y si hubiera carecido de ellas antes le hubiera faltado algo, viéndose menguada entonces su perfección y estando sometido a lo que la completar a.

Él era Creador antes de crear, Poderoso antes de ejercer su Poder, Sabio antes de que existieran objetos ofrecidos al conocimiento,... Nuestra aparición no es lo que lo ha hecho Creador, Proveedor, Vivificante,... y del mismo modo esas Cualidades no desaparecen de Él cuando desaparezcamos. Cada uno de nuestros inst antes es configurado por una potencia eterna absolutamente independiente de nosotros y de nuestro mundo, ajena a todas las condiciones, ajena al tiempo, al espacio, a las medidas, a nuestros valores,...

En torno a las Cualidades ha habido muchos debates en el Islam. La transitoriedad de los acontecimientos sugieren un **ilâh** cambiante, una *Verdad Interior* en ebullición, y si bien Allah es el motor de las transformaciones, en Sí y en sus Atributos Él es una Verdad Perfecta y Plena. Las mutaciones, signos de su Poder Soberano, están en el seno de su inalterabilidad y de su paz. El Corán lo expresa con las siguientes palabras: “*Allah es el Señor del Trono Glorioso, y es Hacedor de lo que quiere*”.

láisa bá‘da jálqi l-jálqi stafâda sma l-jâliq* waâbil-ih dâzihi l-baríati stafâda sma l-bârî*

No adquirió el Nombre de Creador tras crear la creación, ni adquirió el Nombre de Configurador tras dar existencia a la humanidad...

El autor de la ‘**Aqída** insiste aquí en lo señalado en las frases anteriores. Hay que diferenciar el ser algo de la actividad que resulta de ella: Allah era Creador antes de crear, y esto quiere decir que lo era en potencia, y al crearnos pasó a serlo en acto, pero su condición, su modo de ser, siempre fue la misma. Por ello es lícito aplicarle esos Nombres con los que Él mismo se designa en el Corán y saber que le corresponden de forma real, en su eternidad, y no son alteraciones ni indican cambios en Él.

láhu ma‘nâ r-rubûbíati wa lâ marbûb* wa ma‘nâ l-jâl iqi wa lâ majlûq* wa kamâ ánnahu múhyi l-mautâ bá‘da mà ahyâ stah aqqa hâdzâ l-ísma qâbla ihyâihim* kadzâlika stah áqqa sma l-jâliqi qâbla inshâihim*

Le pertenecía el Señorío antes de que existiera el esclavo, y era Creador antes de que existiera la criatura... Del mismo modo en que Él era Revivificador de los muertos después

de dar la vida por ello merece ese nombre antes de haberles dado la vida, y también merece el Nombre de Creador antes de configurarlos...

El autor repite lo expresado para subrayar el carácter inmutable de Allah. El Profeta (s.a.s.) dijo: “ *Él era y nada había con Él,... y sigue siendo como era*”. Es decir, Él era *Señor (Rabb)* sin *esclavo (marbûb)*, y *Creador (Jâliq)* sin *criatura (majlûq)*, y cuando desaparezcamos Él seguirá en su Plenitud Absoluta, porque ni nos necesita, ni lo complementamos, ni le añadimos nada, ni le arrebatamos nada. Las Cualidades de Allah y sus Nombres son eternos como Él, y tienen su mismo carácter. Son tesoros en su Verdad.

dzâlika bi-ânnahu ‘alâ kûlli shâi-in qadîr* wa kûllu shâi-in ilâihi faqîr* wa kûllu âmrin ‘alâihi yasîr* lâ yahâtâyû ilâ shâi* lâisa ka-mîzlihi shâi* wa huwa s-samî‘u l-basîr*

Es así porque Él tiene poder en todas las cosas, y toda cosa es pobre ante Él. Todo asunto le es fácil, y no necesita de nada: ‘Nada se le asemeja, y Él es el que oye y el que ve’...

Con esto el autor explica sus afirmaciones anteriores. Las Cualidades (**Sifât**), en toda su intensidad, son inherentes a Allah Absoluto porque Él es Fuerza y Poder (**Qudra**, *Potencia*), y Él es el **Qadîr**, el *Determinante*, y sus *Actos (Af‘âl)* son los únicos que se realizan, y por ello son el entramado de lo que llamamos *Destino (Qâdar)*. Todo es como Él quiere que sea en cada instante, en la nada o en la existencia, en la ausencia y en la presencia, según su *Voluntad* inquebrantable (**Irâda**). Somos los resultados de sus *Actos* y estamos a merced de su deseo, sin que nada nunca pueda oponerse a su realización. Él y sus Cualidades son el transfondo de nuestra existencia. Permanentemente, en la nada y en el ser, todas las cosas tienen necesidad de Él, incluso o para ser nada o en la muerte. Todo es *pobre (faqîr)* ante Allah, todo le mendiga en cada momento y de acuerdo a su circunstancia. Allah dice en el Corán: “*Te he creado, y antes eras nada*”.

Para entender realmente el alcance de todo esto tenemos que dotarnos de criterios sólidos. Los pensadores musulmanes han reducido a tres los juicios que podemos formular, en un uso riguroso de las facultades de la razón, ante toda propuesta que se nos haga: las cosas pueden ser irrefutables y necesarias, o simplemente posibles o radicalmente imposibles. Todo cuanto existe o puede existir es a lo que llaman ‘posibles’: tú y todo lo que te rodea existís, pero perfectamente podías no haber existido. Lo que te da existencia es algo que lo ha decidido por ti antes de que vinieras a este mundo.

Ese ‘algo’ anterior a todo, si remontamos la cadena de causas y efectos, ese Origen primordial, es a lo que se llama **Allah**, que es el Irrefutable, la Verdad, sea en sí lo que sea,... Él es lo que hace ser reales a las cosas. Es ahí, en ese vacío anterior a la creación del universo, donde intuimos el alcance y la magnitud de la Realidad que nos da la vida,... es asomándonos a ese abismo inquietante donde presentimos su magnitud inabarcable, es donde intuimos su Grandeza, porque ahí no nos estorba nada y nuestra reflexión es capaz de imaginar desmesuras. Y ahí, de Él, decimos que tiene Cualidades que lo habilitan para haber tomado esa decisión por la que existimos. A esas Cualidades y a su carácter es a lo que nos referimos cuando hablamos de las **Sifât**. Esas Cualidades tienen el mismo carácter preeterno de la Verdad Creadora -puesto que ahí no hay tiempo ni sucesión-, y por otro lado tienen una absoluta eficacia actual desde el momento en que todo lo que existe

requiere de su asistencia y de sus *Actos* (**Af'âl**). Nada se independiza de su Señor: por siempre nos debatimos entre la posibilidad de seguir existiendo y de desaparecer, de esto y de lo otro, y es siempre el 'algo' incógnito el que decide.

Nosotros vivimos entre esfuerzos y continuas tensiones, pero lo que *es* jamás es el resultado de esos esmeros: todo tiene una raíz más profunda que nuestra agitación nos impide ver. En cada momento 'cumplimos' con esa Verdad. Éste es el secreto del Destino, que está 'velado' por nuestra inquietud y nuestros miedos constantes. Pero 'eso' es lo Determinante. Pero aún más importante, ese Poder siempre Presente es una fuerza ciega, no es la 'naturaleza' (que ha sido 'creada' con nosotros, al igual que el tiempo, el espacio, la muerte,...). Lo que nos ha hecho ser lo que somos tiene Voluntad y Ciencia, y todo es signo de esas Cualidades. Pensar que Allah es azar es negarse a la evidencia de un universo perfectamente estructurado y trabado por algo Perfecto en Sí, absolutamente Pleno, Desbordante: lo que entendemos entre nosotros por voluntad y conocimiento es resultado de su Querer, ¿cómo habría de carecer el que ha creado nuestra voluntad y el que determina nuestro conocimiento de esas Cualidades? Es más, nuestra voluntad y nuestra ciencia, al lado de las suyas, son nada, tan sólo un pálido reflejo en el que debieramos adivinar el calibre de lo que tiene que ser su Voluntad Absoluta y su Ciencia Perfecta, que son las que realmente estructuran cada uno de nuestros instantes.

Además, Allah nos oye y nos ve, pues ¿cómo habría de ser sordo el que ha creado el oído? ¿cómo habría de ser ciego el que ha diseñado los ojos de sus criaturas? Al contrario, nuestros oídos y nuestros ojos son un pálido reflejo de lo que debe ser el Oído y la Visión de la Verdad que nos ha hecho. Todo lo que hay es signo del alcance de su Perfección, y todas nuestras carencias, nuestras imperfecciones, nuestros defectos, nuestras quimeras, son restos de la Nada de la que hemos surgido, nos recuerdan cuál es nuestra verdad y nos enseñan la desproporción de Allah: en Él no hay nada de la Nada.

Estamos, pues, en medio de su Absoluta Presencia, expuestos a Él en cada instante, cumpliéndose en nosotros su Voluntad, siendo vistos y oídos por Él, recogiendo sus dones, viviendo de Él, muriendo cuando Él quiere y fundamentados por Él en la misma muerte. Y cada uno de nuestros instantes es lo que Él configura,... Ésa es la Verdad Infinita en la que existimos.

jálaqa l-jálqa bi-'ilmihî

Ha creado la creación con conocimiento...

Ha dado existencia a todas las cosas, las ha hecho ser lo que son y rige cada uno de sus instantes con *conocimiento* ('ilm), es decir, lo que existe no es resultado de ignorancia ni fruto del azar. Con esto, el autor de la '**Aqîda** completa el ciclo de las tres grandes Cualidades: el Poder (**Qudra**), la Voluntad (**Irâda**) y la Ciencia ('Ilm).

Hemos hablado de la Voluntad creadora. Toda voluntad imagina aquello hacia lo que se inclina, y esa representación es el conocimiento previo que tiene de lo que desea. Nuestra existencia habla de una Voluntad que nos ha hecho ser. Esa Voluntad es la demostración de una Ciencia anterior a todas las cosas. El Corán dice: " ¿No habría de saber el que ha creado? Él es el Sutil, el Bien Informado ". Y dice: " Allah posee las claves de lo Oculto.

Sólo Él las conoce. Sabe lo que hay en la tierra y en el mar. No cae una hoja de un árbol sin que Él lo sepa. No hay un átomo en las oscuridades de la tierra, ni nada húmedo o seco, que no esté registrado en un Libro Evidenciador...”.

El conocimiento es una cualidad de perfección: saber es un paso hacia adelante que nos arranca de la ignorancia, por lo que es imposible que quien ha creado nuestra ciencia no sepa nada, que sea comunicador de algo de lo que carece. Por ello atribuimos a Allah un Conocimiento Absoluto, a partir precisamente de la constatación de que el saber existe y es Él el que lo ha creado. Su *Ciencia* (**‘Ilm**) es perfecta, pues es anterior a todo, y es la ciencia del que crea, no la del que aprende de otro.

wa qáddara láhum aqdâra*
y les ha dado sus medidas...

Cuanto existe cumple el deseo de Allah y se dirige por los caminos que Él le señala y desembocan en la meta que Él le ha establecido. Éste es el origen de las leyes que gobiernan la naturaleza. Todo es resultado de su Ciencia y está bajo su Dominio, cuyas auténticas magnitudes sólo saborearemos tras la muerte, cuando nada nos impida sentir las en toda su infinita intensidad.

Antes de que las cosas existieran estaba determinado su destino en la Realidad del Único, en el Libro Supremo, en la Tabla Bien Guardada. Eso es el *Destino* (**Qádar**), que es la Presencia del *Poder* (**Qudra**) de Allah en cada criatura y en cada acontecimiento. Todo se debe a *medidas exactas* (**aqdâr**) que Allah ha depositado en el seno de cada realidad. Allah es el origen de las reglas que rigen el devenir, de los ritmos que lo marcan. En Él está nuestro Destino y todo lo que nos gobierna con precisión absoluta: las medidas. Lo efectivo y eficaz es Allah, Señor de los movimientos y destinos de todo lo que existe.

Allah dice en el Corán: “*Hemos creado todo con su medida*”, y dice: “*Él es el que ha creado cada ser y lo ha configurado, le ha dado la medida que lo rige y lo guía por el camino del cumplimiento con todo ello*”. Esas *medidas* (**aqdâr** o **maqâdîr**) son anteriores a la existencia de los objetos en los que se cumplen. El Profeta (s.a.s.) dijo: “*Allah determinó los Maqâdîr de la creación cincuenta mil años antes de crear los cielos y la tierra, y su Trono estaba sobre el agua*”.

wa dáraba láhum âyâlan
y les ha fijado plazos...

Todo tiene su momento exacto y nada en la existencia sucede antes de su tiempo ni después del que le ha sido fijado en el Decreto de Allah, y todo cuanto existe tiene un final que ha sido decidido por su Señor en la Eternidad del No-Principio y el No-Final. El **âyâl**, el *plazo*, se refiere sobre todo a la muerte: la criatura muere cuando Allah ha dictado. El Corán dice: “*Cuando les llega el momento no pueden adelantarlo una hora ni atrasarlo*”, y dice: “*Ninguna vida muere sin el permiso de Allah, según un término prefijado*”.

De acuerdo a lo anterior, ¿sirve de algo pedir a Allah? ¿tiene algún sentido la invocación (**du‘â**) que consiste en recogerse ante Él y esperar de Él cosas que consideramos buenas y

provechosas? El **du‘â** es una práctica fundamental en el Islam. El Profeta (s.a.s.) dijo en cierta ocasión que es lo único que es capaz de cambiar el Destino. El deseo y la voluntad del hombre tienen una fuerza que Allah ha querido, y están enmarcadas en el Todo. Ahora bien, es necesario tener en cuenta lo que sigue. El **du‘â** del musulmán debe ser sobretodo un acto de posicionamiento ante Allah, un signo de reconocimiento. El musulmán, con su **du‘â**, se reconoce como necesitado de su Señor Verdadero. Con sus palabras en las que pide a Allah, se reafirma en su condición de criatura frente a la Verdad Absoluta, se asienta en la **‘Ubûdía** (la *Subordinación*) ante la **Rubûbía** (el *Señorío*). Es un acto en el que toma conciencia de lo que es él y lo que es su Señor. Este es el valor fundamental del **du‘â**. Y precisamente porque Allah es Señor Absoluto, se reserva la decisión, y responde o no a la solicitud que se le hace: el **du‘â** no le obliga, el **du‘â** no es una fórmula mágica. En la respuesta o en la falta de respuesta a los deseos del hombre Allah se manifiesta como Determinante. Su Querer prevalece.

wa lam yâjfa ‘alâihi shâi-un qâbla an yâjluqahum*‘âlimaw mâ hum ‘âmilûna qâbla an yâjluqahum*

Nada le estaba oculto antes de crear (a los seres humanos), y sabía lo que harían antes de crearlos...

Nuestra existencia es un acto de generosidad y desbordamiento de Allah. La creación no le ha enseñado nada nuevo. Su ciencia no ha aumentado. Él conocía a sus criaturas antes de hacerlas y sabía lo que harían en cada momento. El conocimiento que tiene Allah de nuestra realidad la precede; es más, la condiciona. Somos lo que él sabe de nosotros, lo que Él ya sabía antes de crearnos.

En el Islam se dice que Allah sabe todo lo que es, y también lo que no es -de ser- cómo sería. Él ha creado el mundo, y todo en él es, en su esencia, completo y definitivo. Esto se opone a la idea de una necesidad de reencarnación. Nada tiene que perfeccionarse porque al *ser* es ya todo lo que tiene que ser. En su instante se expresa. Lo demás son quimeras del hombre, vanas esperanzas, ilusiones sin fundamento alguno y creencias banales, añadidos que no tienen justificación. El Corán dice de los que han desaprovechado sus vidas: “*Si regresaran a la vida, volverían a lo que les ha sido prohibido*”. Él sabe que sería así refiriéndose a algo que no va a ser por innecesario.

wa âmarahum bi-â‘atih* wa nahâhum ‘an mâ’s_jatih*

Les ordenó que le obedecieran, y les prohibió que se le rebelaran...

Después de crear a las criaturas y determinar su destino, Él se les manifestó ordenándoles que le reconocieran como único Señor y prohibiéndoles los dioses, siendo el cumplimiento de lo primero una manifestación de *obediencia* (**tâ‘a**) que los integra y lo segundo una expresión de *rebeldía* (**ma‘_s_îa**) que separa al hombre de la Verdad. Ésta es la sabiduría que hay en la Revelación: mostrarnos, no lo que Allah quiere -que se ejecuta espontáneamente-, sino lo que ama y prefiere en su capacidad para elegir.

Y esto es de gran relevancia. La existencia plasma a Allah, el universo es el espacio en que se realizan sus potencias. Pero además Él está dotado de Libertad, que ejerce escogiendo. Hay cosas elegidas por Él, y otras rechazadas. Lo elegido es lo que lo satisface y lo

rechazado es lo que enciende su Ira, que también son aspectos a los que da realidad, y que toman el cuerpo de *Jardín* (**ÿanna**) o *Fuego* (**nâr**). Y Allah se ha revelado a los profetas para comunicar la *senda* (**Dîn, Sharî'a**) que nos conduce a su Abundancia y nos aparta de la Privación. Y al igual que son un acto de su Libertad, propone esas cuestiones a la 'elección' del ser humano, pues todo tiene estrechas correspondencias conjugadas siempre en la Unidad que todo lo gobierna.

Obedecer es asumir el ser de otro. Por ello, se obedece a Allah con el conocimiento, la acción, la audacia, la generosidad, la justicia,... La **tâ'a**, la *obediencia* es situarse en la proximidad de lo fecundo. Por el contrario, la *desobediencia* (**ma'si'a**) es aislamiento en el ego, es rebeldía, es decir, es ajustarse al propio y exclusivo entendimiento de lo que deben ser las cosas, y se manifiesta en la envidia, el rencor, la avaricia, la ignorancia, la injusticia, todo lo que nos aparta de la fuente de la existencia.

wa kûllu shâi-in yaÿrî bi-taqdîrihi wa mashî-atihîwa mashî-atuhu tãnfadz* lâ mashî-ata lil-'ibâd* illâ mâ shâa lâhum fa-mâ shâa lâhum kân* wa mâ lam yashâ lam yâkun*

Todo acontece tal como lo ha determinado y según su querer. Las criaturas no tienen querer. Sólo sucede lo que Él les ha deseado, y eso es lo que es. Y lo que no les ha deseado, no es...

El Corán está lleno de esta enseñanza que resitúa existencial bajo el Poder único de una Voluntad soberana, quedando todo relativizado: “ *No queréis hasta que Allah quiere*”. Quien profundiza en el **Tawhîd**, en la *Reunificación*, sabe que esto es así. Sólo sucede lo que Allah ha decretado en su Infinito anterior y posterior a la existencia concreta: ésta es la dimensión abismal en la que se agitan nuestras vidas. He aquí un tema que desafía las capacidades del ser humano y lo reconduce siempre a su Señor Irreducible incluso en el vértigo de una existencia repleta de conflictos y tensiones. El vórtice de ese torbellino es el Único, un centro de paz.

Todo es de acuerdo a la *predeterminación* (**taqdîr**), según las *medidas* (**aqdâr** o **maqâdir**) que ha creado antes de crearnos, y que conforman nuestro *Destino* (**Qádar**). Todo está sujeto a esa Ley cuya raíz es la Libertad Absoluta de Allah, Señor de los Mundos, Remoto en su Grandeza pero Presente con su *Poder Conformador* (**Qudra**). Nosotros somos **'ibâd**, *criaturas sujetas a esa Orden inapelable*, traductores de lo que establece, servidores de su deseo. Esta es la Realidad, la conjunción de todo en su Fuente.

En lugar de hacer del tema del Destino una elucubración paralizante debemos aprender lo que el Corán nos sugiere para el nivel en el que estamos, presintiendo sus profundidades. El Destino aparece como antídoto contra dos extremos: contra el orgullo del que tiene éxito (*el triunfo es de Allah*) y contra la desesperación del que ha fracasado en algo (*el fracaso es resultado del Destino, no de ninguna minusvalía*). Por otro lado, el Islam enseña que debemos encontrar consuelo en el recuerdo del Destino ante las calamidades, pero no ante las torpezas. El Destino aparece en el Corán para **lentar**, no para frenar.

El Corán no deja de ordenarnos actuar. Es necesario aprender a combinar la contemplación del Destino en el seno de una invitación a alcanzar por nuestros propios esfuerzos cumbres

altas. El Destino es ofrecido a la posibilidad que tiene el corazón de intimar con Allah, y no a la especulación, que acaba convirtiendo el tema en una contradicción insalvable. Un sabio dijo: “*He analizado la cuestión del Destino y me he dado cuenta de que los que conocen su profundidad son los que más callan, y que sólo los que no saben nada de él vociferan*”.

**yahdî man yashâ* wa yâ‘simu wa yu‘âfi fâdlan* wa yudilli man yashâ* wa yújdzil
wa yabtalî ‘âdlan***

Él guía a quien quiere: salvaguarda y protege como favor. Y confunde a quien quiere: defrauda y violenta como justicia.

La Voluntad que rige la existencia pertenece a Allah, y es una de las Cualidades de la *Esencia (Dzât)* que está en los orígenes del ser. Y esa Voluntades Absoluta y Libre, no condicionada por nada, no pesa sobre ella ninguna obligación, ni nada la doblega. Y Allah manifiesta esas posibilidades de su Voluntad haciendo dichosos a algunos hombres y haciendo desgraciados a otros, facilitando las cosas a unos y dificultando la existencia de otros, guiando hacia lo mejor a algunos y conduciendo a su perdición a otros, todo ello regido por su sabiduría. Allah dijo al Profeta en el Corán: *No“ guías a quien quieres. Es Allah el que guía a quien quiere*”. Y el Corán dice: “*Allah confunde a quien quiere y guía a quien quiere*”.

Con esto el autor responde a quienes creen que Allah está obligado a hacer lo que consideramos ‘mejor’. Por un lado, nada indica que esté obligado a nada en concreto; por otro, suponer eso y existiendo como existe el mal, quiere decir que al menos hay otra voluntad independiente de la de Allah que incluso se superpone a la Suya. Pero Él es el Uno-Único: sólo existe su Voluntad que desea tanto lo bueno como lo malo. Y esto quiere decir que estamos a su merced y sujetos en cada instante a lo que Él quiere.

Ahora bien, gracias a la Revelación aprendemos cosas a las que no podríamos llegar de otro modo. Sabemos así lo que Allah ama, lo que Él ha escogido por encima de su Querer. Y Él ama la *justicia* (el ‘**adl**’) y la aplica; y ama *favorecer* (el **fadl**) y lo hace sin cometer injusticia.

wa kúlluhum yataqallabûna fî mashî-atih* báina fâdlihi wa ‘âdlih*

Todos van y vienen en su Querer, entre su favor y su justicia...

Cuando Allah beneficia al ser humano es digno de elogio porque manifiesta su *favor (fadl)* y cuando lo confunde es digno de elogio porque manifiesta su *justicia (‘adl)* ante un inmerecimiento, y tanto un extremo como otro nos hablan de su Poder Reductor. El Corán nos dice: “*Él es quien os ha creado, y por ello entre vosotros los hay ingratos y los hay abiertos*”.

wa huwa muta‘âlin ‘ani l-ad dâdi wa l-andâd*

Él está por encima de los contrarios y los iguales...

Allah *está por encima (muta‘âli)* de todos los conceptos, ideas, reflexiones, juicios de valor,... de los seres humanos. Nada le es *contrario (didd)* ni nada es *igual (nidd)* a Él, es decir, nada se le opone y nada lo iguala, Él es Pur a Unicidad, el Singular. Es así como

Allah queda *despejado* (**munaççah**) ante el musulmán. Ahora es cuando el buscador tiene ante sí su oriente con toda claridad: no hay para él dioses, ni señores, ni mitos, ni mediadores, ni nada,... sólo el Uno-Único, origen de todas las cosas, Verdad Esencial que está en la raíz de cada ser y de cada acontecimiento, y la existencia entera del musulmán se recoge y unifica ante su Dueño Singular. El Corán dice: *“ Di: Él es Allah Uno-Único. Allah Absoluto. No ha engendrado ni ha sido engendrado. No tiene equivalente”*.

lâ râdda li-qaḍ âih* wa lâ mu‘âqqiba li-ḥúkmih* wa lâ gâliba li-âmrih*
Nada impide que se cumpla su Decreto. Nadie retrasa la realización de lo que ha decidido. Nadie derrota su orden...

Nada ni nadie infringe lo que Allah desea. Su decisión se cumple irremediabilmente, en su momento exacto, según una medida establecida por Él, y nada ni nadie, en la existencia entera ni en el abismo de la nada, está al margen de esta ley.

âmannâ bi-dzâlika kúllih* wa aiqannâ áanna kúllan mi n ‘îndih*
Tenemos el corazón abierto a todo lo anterior, y te nemos certeza de que todo viene de Él...

Lo anterior es uno de los componentes del **Îmân** del autor, de su *sensibilidad espiritual*, de su *apertura* a las connotaciones de la palabra **Allah**: todo viene de Él. Y su **Îmân** es el de todos los musulmanes que comparten esas mismas convicciones que él intenta resumir en su **‘Aqîda**, en su exposición de *los fundamentos del Islam*.

wa ínna Muḥámmadan ‘âbduhu l-mustafâ* wa nabíyuhu l-muÿtabâ* wa rasûluhu l-murtadâ*
Y (decimos) que Muhammad es su esclavo puro, su profeta elegido y su mensajero en el que se complace...

El buscador de la Verdad, el que ha intuido la profundidad y alcance de lo dicho hasta aquí, una vez que se ha deshecho de ídolos y falseamientos, cuando ha superado el estadio de la indecisión y se ha propuesto a su Único Señor como meta, se encuentra con un dilema: ¿y ahora qué? Aparece ante sus ojos la necesidad de un Maestro, un *enviado* (**mab‘ûz**), alguien iluminado por esas verdades hasta el extremo máximo, que sea capaz de indicarle el doble camino: el del saber incontaminado y el de la acción conforme a lo que Allah ama.

Ese Maestro sólo puede ser un *Anunciador* (**Nabí**), un *Mensajero* (**Rasûl**), alguien en quien se den unas condiciones especiales: debe ser un *esclavo de Allah* (**‘abd**), es decir, alguien que haya vivenciado su atadura a la Verdad de una forma absoluta, y no tenga otra voluntad que la de su Señor, sólo así es traductor de Allah. Eso es lo que lo hace *infalible* (**ma‘ṣûm**). Esa persona no debe haber conocido a Allah como resultado de sus propios esfuerzos, puesto que eso ya lo ha hecho el buscador, que teme no haber alcanzado el fondo de la cuestión y necesita de quien lo ayude a penetrar en todas las implicaciones de su intuición. El Profeta debe ser un esclavo puro, *alguien purificado por Allah* (**mustafâ**), un *elegido* (**muÿtabâ**), *alguien en quien Allah se complace* plenamente (**murtadâ**).

Puesto que esto debe ser así y un profeta debe responder a esas cualidades, su presencia deberá tener una fuerza conmovedora. El profeta es un signo en sí. Es trastornador como lo es la Verdad Creadora a la que hace referencia con sus enseñanzas. Y éste es el argumento que certifica, para los musulmanes, la sinceridad y autenticidad de un profeta. Por ello, los musulmanes no tienen inconveniente en reconocer la sinceridad y autenticidad de todos los profetas de la humanidad, todos los fundadores de caminos y vías espirituales que han sido capaces de crear civilizaciones a causa de la fuerza de la presencia de esos personajes. Para un musulmán Abraham, Moisés, Jesús, y los demás mensajeros dentro y fuera del ámbito semita, son auténticos por el simple hecho de haber forjado algo de lo que sería incapaz cualquier otro hombre. Nosotros podemos crear ‘modas’, no civilizaciones. Una civilización es el resultado de una conmoción que ya de sí es un argumento irrefutable, al igual que la presencia contundente del universo es la prueba de Allah.

El problema que se les plantea a los musulmanes no es, por tanto, el de la sinceridad y la autenticidad de los profetas, sino la *transmisión* de sus enseñanzas (el **naql**). En esto intervienen hombres comunes y ahí es posible la estafa, la mitificación, el error, la opinión, la interpolación, etc. Sin embargo, el mensaje de un profeta es esencial en todos sus aspectos. Sólo se libra de esta circunstancia el Mensajero del Islam -Muhammad (s.a.s.)-, cuyo legado nos ha llegado de modo fiable en su integridad.

Podemos rastrear sin problemas el origen de cada palabra dicha por Muhammad (s.a.s.) hasta averiguar si efectivamente él la pronunció o no la pronunció. Y es porque el Islam apareció en un entorno obsesionado por la ‘genealogía’, y ese método se aplicó desde el principio a todo lo que hizo y dijo Muhammad (s.a.s.), de modo que tenemos una enorme cantidad de fuentes en las que asegurarnos de la filiación de cada frase del Corán y de cada hadiz, diferenciando perfectamente cada cosa, sabiendo por qué caminos han llegado hasta nosotros, así como se han elaborado desde el principio enciclopedias en torno a los muchos testigos de cada detalle de su vida y hechos. Esto, junto a la proximidad histórica de la Revelación coránica, hace de Muhammad (s.a.s.) el único gran Profeta del que existe una constancia fidedigna, siendo modelo válido para los buscadores sinceros.

Es más, por un lado, en ningún momento se salió fuera de lo que hemos ido diciendo acerca de Allah. La Verdad que nos transmitió es la misma enunciada hasta aquí y cuyas resonancias hemos ido encontrando en intuiciones que todos tenemos. Por otro lado, contó más cosas y mostró el camino al que ya no tenemos acceso a través de deducciones. Muhammad (s.a.s.) fue, por tanto, el **Nabí**, el **Rasûl**, el Maestro Inspirado que necesitamos para completar el proceso que iniciamos desde la primera página de este libro. A partir de este punto, entramos en otro campo, en el de las enseñanzas de Muhammad (s.a.s.), que nos habla desde su sinceridad de lo que no nos es dado saber por nosotros, y nos describe la senda de lo que Allah ama para pasar a ser gentes de su elección, expuestos a su bien y no a su rigor, a su favor y no a su justicia.

wa innahu jâtimu l-anbiyâ*
y él es el sello de los profetas...

Entre las cosas que enseñó Muhammad (s.a.s.) está el que él sería *el último de los anunciadores (jâtim al-anbiyâ)*. El Corán mismo dice de él: *Es “ el Mensajero de Allah y el sello (el último) de los profetas”*. Y él dijo: *“ Los profetas somos como un magnífico edificio*

*en el que faltara un último detalle que lo completara. Yo he venido para llenar ese vacío, concluyendo el edificio. Yo soy el sello”. Y también dijo: “ Yo tengo nombres: soy Muhammad, y Ahmad, el que elimina la ingratitud de los hombres, y soy el que reúne a las gentes ante Allah, el Anunciador de la Resurrección , y soy el Último tras el que no hay profeta alguno”. Su condición de *sello de la profecía* no sólo quiere decir que fuera el último, sino también completo y perfecto.*

wa imâmu l-atqiyâ*
el imam de los rectos,...

Muhammad es **Imâm** (es decir, *modelo, guía*) para los **atqiyâ** , los que buscan sinceramente a Allah, los rectos. **Imâm** es un nombre que se da al que conquista la consideración y el respeto de los demás -no debemos confundir esta palabra con **Îmân** , la sensibilidad espiritual del corazón humano-. **Atqiyâ** es el plural de la palabra **taqî** con la que se designa a la persona que intuye la grandeza de su Señor y se sobrecoge ante la inmensidad albergada en su propio corazón. Eso es a lo que se llama en árabe **taqwâ** , la *inquietud* que moviliza al hombre tras el Absoluto y lo desconcierta y rinde ante Él. Pues bien, Muhammad (s.a.s.) fue investido por Allah como **Imâm** para todos los que buscan a su Señor Verdadero, los **atqiyâ** . En el Corán, Allah ordena a Muhammad (s.a.s.) quediga a las gentes: “ *Si amáis a Allah, seguidme y Allah os amará*”, instaurando el *imamato* de Muhammad (s.a.s.), su carácter de modelo a imitar en todo. De ahí la importancia de la **Sunna**, su *Tradicón* . El Corán también califica a Muhammad (s.a.s.) *de antorcha que ilumina, de misericordia para los mundos,...*

wa sáyidu l-mursalîn*
el señor de los mensajeros,...

Aquí el autor habla de la preeminencia de Muhammad, de la que él dijo: “*Soy el señor de los hijos de Adán, y no es vanagloria*”. Al decirse en esta ‘**Aqîda** que es el señor (**sáyid**) de los *profetas-enviados* (**mursalîn**) se presupone su preeminencia sobre el resto de la humanidad. Los profetas son los ‘mejores’ entre los seres humanos, es decir, son el fruto de la iniciativa de Allah, los *escogidos*, mientras que los **auliyâ** (*los que han intimado con Allah*, plural de la palabra **walî**) son quienes se han propuesto a Allah y se han acercado a Él. Los mensajeros han sido descontaminados por el acto radical de Allah, pero los **auliyâ** han crecido espiritualmente en un proceso que no es perfecto y arrastran consigo restos de apegos. Por ello, los **anbiyâ** siempre están en cumbres absolutas mientras los **auliyâ** se acercan más o menos a ellas. Esa superioridad de los profetas los convierte en maestros inauguradores de civilizaciones, mientras que los **auliyâ** están sujetos a esa maestría, de la que son herederos.

Y de todo ello da testimonio Muhammad (s.a.s.), que integra en su experiencia a todos los profetas anteriores y a todos sus seguidores, dejando una herencia magnífica a su *Nación* (**Umma**), continuadora en él de la inquietud que busca la reconciliación con la Verdad Creadora. Su rango es el de *dar fe* de la humanidad y de cada hombre (la **Shafâ‘a**). Él dijo: “ *Soy el señor de los hijos de Adán, y no es vanagloria. Seré el primero ante el que se abra la tumba, y el primero en dar fe y del primero del que se de fe*”. En esto se cifra su interrelación con los miembros de su comunidad: del mismo modo en que los musulmanes

ahora damos fe de él diciendo **Muhammadun rasûlullâh** , *Muhammad es el Mensajero de Allah*, y lo bendecimos y saludamos cada vez que mencionamos su nombre, esperamos que él nos incluya entre los suyos ante Allah el Día Terrible en que todos los seres humanos se congreguen ante el Señor de los Mundos...

wa habîbu râbbi l-‘âlamîn*
y el amado del Señor de los Mundos,...

Se llama *amado* (**habîb**) al invitado a intimar. El Corán enseña que Allah ama a los excelentes, a los sobrecogidos por la intuición que tienen de Él, a los que se vuelven en su dirección, a los que desean purificarse,... a todos ellos los ama, es decir, los invita a intimar con Él. Muhammad (s.a.s.) realizó esas virtudes ~~en~~ grado máximo, orientando su excelencia, su sobrecogimiento, su deseo de purificación,... hacia ~~el~~ *Señor de los Mundos* (**Rabb al-‘Âlamîn**), y no hacia un ídolo, un concepto o un mito. Y en todos sus pasos, fue consciente de que era Allah el que tomaba la iniciativa, no él. Por ello se le llama con propiedad ‘el amado del Señor de los Mundos’. El Profeta (s.a.s.) dijo: “ *Allah me ha hecho su íntimo (jalîl) como lo hizo con Abraham*”. Y él (s.a.s.) habló de Allah desde esa intimidad absoluta.

wa kûllu da‘wâ n-nubúwati bá‘dahu fa-gáyun wa hawâ*
Toda pretensión de profecía después de él es malcamino y frivolidad...

Puesto que sabemos de modo cierto que él enseñó que sería el último de los mensajeros, toda *pretensión* (**da‘wâ**) de otro posterior a él debe ser rechazada, y sus enseñanzas no serán más *quemal camino* (**gay**) y *frivolidad* (**hawâ**). Tras él sólo puede haber **auliyâ** , es decir, *herederos* de sus enseñanzas y experiencias espirituales.

wa huwa l-mab‘ûzu ilâ ‘âmmati l-ÿinni wa kâffati l- warâ* bil-h áqqi wa l-hudâ* wa bin-nûri wa d-diyâ*

Él es el enviado a la generalidad de los genios y a toda la humanidad, para transmitir la verdad y el buen camino, con luz y resplandor...

Muhammad (s.a.s.) se presentó a sí mismo como *enviado* (**mab‘ûz**) a todas las criaturas dotadas de entendimiento y receptividad sin excepción, tanto a los *seres humanos* (**warâ**) como a los *genios* (**ÿinn**) -criaturas que pueblan espacios más allá de la percepción directa de los hombres-. Esto es importante: la universalidad de la misión de Muhammad (s.a.s.) no es exclusiva de un determinado grupo, sino que abarca a todos aquellos que sean capaces de comprender, sean lo que sean.

Los genios son criaturas extraordinarias y misteriosas a las que otros pueblos llaman ‘demonios’. Dentro del Islam personifican las causas espirituales e invisibles de ciertos fenómenos, pero no son entes autónomos, ni semidioses, ni nada por el estilo. Son seres creados por Allah y sujetos a su imperio. Sean lo que sean, no tienen un rango superior, y son apelados al igual que los seres humanos, y pueden reconocer la sinceridad y la autoridad de un profeta. El Corán relata cómo un grupo de **ÿinn** escuchó las palabras de Muhammad -sin que éste notara su presencia- y se hicieron musulmanes.

Esta referencia a los genios subraya la universalidad del mensaje muhammadiano, que va dirigido a todos los mundos capaces de intuir a Allah: todos esos seres son interpelados por el Corán.

Muhammad (s.a.s.) aporta a esos universos -conocidos y desconocidos- una *verdad* absoluta (**haqq**), es decir, que no es particular para ninguna especie, raza, sexo, edad,... y les muestra a todos ellos una *dirección* (**hudà**), es decir, una forma de enfocar la vida hacia el Uno-Único, Creador de todos y de cada uno de los seres, sea cual sea su condición y características, y todo ello es *luz* (**nûr**) que se intensifica hasta convertirse en *resplandor* (**diyâ**).

Muhammad (s.a.s.) es Mensajero de Allah y Maestro para la humanidad. Su rango exige *cortesía* (**âdab**). El desdén hacia él es desdén hacia lo que representa. Los musulmanes no hemos necesitado *divinizarlo* para que nos inspire respeto, teniéndole una consideración que no deja de hacérselo familiar y próximo. El Profeta (s.a.s.) contuvo un secreto profundo dentro de su humanidad, en la que lo reconocemos y nos reconocemos.

wa ínna l-qur-âna kalâmu llâhi minhu badâ* bilâ kai fîyatín qáula* wa áñçalahu ‘alâ rasûlihi wâhya* wa sâddaçahu l-mûminîna ‘alâ dzâlika h áqqa* wa aiqanû ánnahu kalâmu llâhi ta‘âlâ bil-h aqîqa* láisa bi-majlûqin ka-kalâmi l-baría*

Ciertamente, el Corán es Palabra de Allah que desde Él aparece -sin modo- como discurso. Lo hizo descender sobre su Mensajero como revelación. Y los mûminîn lo confirmaron en ello verdaderamente, y tuvieron la certeza de que era la Palabra de Allah en su realidad. No es creado como sucede con la palabra de los seres humanos...

Nos encontramos aquí con la definición de lo que es el Corán. El Corán es la *Palabra de Allah* (**Kalâmu llâh**) comunicada a Muhammad (s.a.s.): Allah lo hizo descender *sobre* Muhammad, es decir, *apoderándose* de él. Allah se expresa, y en este sentido todo cuanto existe es signo con el que Él nos habla. Con el uní verso, Allah se sugiere a nuestro entendimiento intuitivo, y también ofrece claves a nuestra capacidad para reflexionar. Pero el Corán nos interpela de un modo directo, con imperativos, con fuerza. Tiene, por tanto, un carácter especial y va dirigido además a la voluntad, a la capacidad del hombre de elegir y actuar.

El Corán es una irrupción poderosa de la expresividad de Allah en el corazón de un hombre (el Mensajero), y éste lo transmite a la humanidad. Esto es a lo que denominamos *Revelación* (**Wahy**). El **Wahy** no admite resistencias: el Profeta -que ha sido previamente purificado por su Señor- se ve obligado a comunicar aquello que tiene en él una fuerza descomunal, que tiene tal intensidad que no le deja márgenes. El Profeta no interviene en aquello que se le dicta en las profundidades de su corazón. Por tanto, lo que enuncia como Palabra de Allah al resto de los mortales es realmente la Palabra de Allah: no pertenece al Profeta.

La Revelación no es *inspiración* (**ilhâm**): el Profeta era inspirado en su vida (lo que nos permite recoger su *Tradicición* -**Sunna**- y encontrar en ella su valor modélico), pero el Corán pertenece a otra categoría de certeza mucho más profunda y radical.

Lo anterior nos ayudará a comprender el auténtico **lance** del Corán para los musulmanes, que preferentemente lo recitan. *Recitar* es una actividad distinta a la de *leer*. Al entonar el texto, el musulmán se sumerge en la *presencia real* (**haqîqa**) del Corán, y ahí disfruta del sonido revelado que lo reconduce a la Fuente de la que emana la Palabra. La recitación del Corán es una práctica cotidiana que permite al musulmán vislumbrar esos orígenes eternos del Libro, y por ello puede decirse que el Corán es algo *increado* (**gâir majlûq**): el Corán saca a su recitador fuera del espacio y del tiempo y lo comunica con Allah, que es Quien se le está expresando. Cada uno de sus sonidos está vestido de esa atemporalidad.

En el Islam se abrieron debates sobre el carácter *increado* del Corán. La *sensatez* dice que cada ejemplar del Corán es un volumen concreto compuesto de hojas y tinta, de palabras y sonidos, todo ello revelado en un momento histórico determinado. Pero el **mûmin**, el que cuenta con sensibilidad espiritual, sabe que la cuestión no es tan simple. El que recitando el Corán siente la emoción que es capaz de desatar, sabe que no se encuentra ante un libro común: el papel, la tinta, las palabras,... todo ello pasa a un segundo plano y ante él se despliega el secreto contenido bajo su forma, y vislumbra en sus adentros correspondencias con algo eterno e indefinible que también subyace en él mismo. La recitación del Corán es la puerta a la experiencia que tuvo el Profeta, a quien el Corán asomó al universo del Uno-Único, al lado del cual todo lo demás es secundario, transitorio, nada...

Por ello, el autor de la '**Aqîda** nos avisa de que el *modo* (la **kaifîa**) en que el Corán eterno se relaciona con nuestro mundo efímero es algo para lo que no hay palabras justas. Ante la evidencia de la fuerza del Corán sólo es posible decir que nos viene de Allah y nos alza hasta Él de una manera para la que nuestro entendimiento carece de explicaciones.

La lectura del Corán constituye otra operación con la que el musulmán se inspira en él para dirigir su vida y establecer en torno al Libro una comunidad cuyos miembros no reconocen otra autoridad que la de Allah y el modelo de su Mensajero (la **Sunna**). Muhammad (s.a.s.) dijo: " *El Corán es el Libro de Allah en el que se os informa acerca de los que os han precedido, se os anuncia lo que sucederá, se dirige entre vosotros, y el Corán es tajante y en él no hay frivolidades. El engreído que lo abandone será quebrado por Allah. Quien busque en otra parte, será confundido. El Corán es el sólido cordón umbilical de Allah: en él hay un recuerdo sabio y en él hay un sendero recto. Las vanidades de los hombres no lo torcerán, ni las lenguas lo distorsionarán. Quien tuerca de acuerdo a él, será compensado. Quien juzgue de acuerdo a él, será justo. Quien invite a seguir al Corán, invita a las gentes a seguir una senda recta*". Siendo de una importancia capital esa lectura del Corán que descubre en él el modo de engendrar una civilización, sin embargo sólo la recitación la completa y comunica al musulmán el secreto íntimo del Corán, y por ello el Profeta dijo: " *No es de los nuestros quien no canta el Corán*".

La recitación del Corán va dirigida a la *sensibilidad del corazón* (el **Îmân**), y por ello, los que cuentan con esa receptividad, reconocen la autenticidad del Libro y comprenden su verdadera significación y su profundidad: la aceptación del Corán por los **mûminîn**, *los dotados de Îmân*, es la prueba de que su origen se capta en la emoción que es capaz de transmitir.

fa-man sâmi'ahu fa-ça'ama ánnahu kalâmu l-bâshariaqad f kâfar* wa qad dzâmmahu llâhu wa 'âbahu wa áu'adah bi-sâqar*áizuh qâla ta'âlâ in hâdzâ: illâ

qáulu l-báshar* sa-líh̄ius sáqar* ‘alimnâ wa aiqannâ ánnahu qáulu jâliqi-báshar* wa lâ yúshbihi qáula l-báshar*

Quien lo escuche y afirme que es palabra humana, niega a Allah. Ése ha sido denostado y maldito por Allah, quien le amenaza con el Fuego de Sáqar. Allah ha dicho: “Dice (el ignorante): ‘No es sino palabra de hombre’. ¡Lo que maré en el Sáqar!”... Sabemos y tenemos por cierto que el Corán es Palabra del Creador del hombre, y no se asemeja a lo que dice el ser humano...

El Corán es una Palabra o Discurso (**Kalâm**) que nada tiene que ver con lo que son capaces de elaborar los humanos (**báshar**). Por un lado, debido a su Fuente tiene un poder transformador y vivificante únicos. Si bien está compuesto de letras y sonidos semejantes a los que el hombre tiene a su disposición, en el Corán, esas herramientas básicas tienen la fuerza de lo primario, la energía de aquello en lo que late la posibilidad de dar vida. El Corán dice: “Allah deposita un espíritu que viene de su orden en quien quiere de entre sus criaturas”.

El Corán resulta desconcertante para quien se asomea él esperando encontrar lo que imagina que debe ser un libro. Aparentemente, el Corán carece de un hilo conductor, de una trama concreta. Si bien la Biblia, por ejemplo, nos cuenta una historia (la del pueblo elegido, en el Antiguo Testamento; la de la salvación, en el Nuevo), en el Corán todo aparece para ilustrar su mensaje básico que es el de la Unidad de Allah, inexpresable más que en destellos. Es un Libro especial que trabaja en las profundidades del ser humano, y no para satisfacer su curiosidad. Por esto decimos que el Corán no es como el discurso humano, y quien lo niegue, quien no pueda reconocer su origen inmenso y lo atribuya a un autor humano, es porque es incapaz de saborear experiencias espirituales, está apegado a las formas, y está condenado a la frustración cuando su mundo desaparezca: su mundo se agota en la escasez de sus horizontes y tras la muerte se verá en el Fuego de la Privación (el Sáqar con el que amenaza el Corán al que no descubre a us Señor tras todas sus manifestaciones, liberándose en Él de todas las apariencias, agrandándose en su Inmensidad sin límites). *Rechazo e ingratitud* se dicen en árabe con una sola palabra: **Kufr**. El que niega lo que viene de Allah rechaza un obsequio en el que hay vida; es desagradecido, es decir, no es capaz de reconocer el bien que tiene delante de sí y se aleja condenándose a su vacío.

wa man wáafas llâha bi-má‘nan min ma‘ânî l-báshari fa-qad káfar* wa man ábsara hâdzâ ‘tábar* wa ‘an mízli qáuli l-kuffâri nçáyar* ‘álima ánnahu h̄iifâtihi-s láisa kal-báshar*

Quien describa a Allah con las particularidades de los atributos propios de los hombres, niega a Allah. Quien comprenda esto, aprende y de lo que dicen los negadores se aparta, sabiendo que Allah no es, en sus Cualidades, como los hombres...

Tras haber hablado del carácter especial del Corán, atribuyéndolo a Allah y revestido por tanto de una inefabilidad homóloga a la Verdad a la que hace referencia, el autor vuelve al **Tañçîh**, es decir, vuelve a mencionar la naturaleza indescriptible de Allah -naturaleza en la que está enmarcado el Corán y le comunica su podervivificante-. El **Tañçîh** consiste en despejar a Allah de límites y características que lo equiparen a cualquier cosa cognoscible

por el entendimiento humano. Con el **Tançih** renunciamos a imaginar cómo tienen lugar procesos que se realizan en esa dimensión escurridiza de la Unidad Absoluta.

Esta mención del **Tançih** es especialmente oportuna en el contexto del tema del Corán: ¿qué es el Corán? ¿qué significa que sea Palabra de Allah? ¿cómo tuvo lugar la Revelación? Todas estas son cuestiones que se nos escapan porque tienen lugar en el Poder, la Voluntad y la Ciencia creadoras de nuestra existencia, y por tanto no están sujetas a nuestras condiciones y a nuestras contradicciones. Nuestro lenguaje es insuficiente para expresar lo anterior a sí mismo. Y dentro de ese ámbito están Allah y el Corán.

wa r-ru-yatu háqqun li-áhli l-ÿanna* bi-gáirâtî atinîh wa lâ kaifîa* kamâ nátaqa bihi kitâbu rabbinâ* wuyûhun yaumáidzin nâd ira* ilâ rabbihâ nâz ira* wa tafsîruhu ‘alâ mâ arâda llâhu ta‘âlâ bi-‘ilmîh* wa kûllu mâ ÿâa fî dzâlika min al-h adîzi s-sahîhi ‘an rasûlillâhi s allâ llâhu ‘alâihi wa sállama fa-huwa kamâ qâl* wa ma‘nâhu ‘alâ mâ arâd* lâ nádjulu fî dzâlika mutaáwwilîna bi-ârâinâ* wa lâ mutawáhhimîna bi-ahwâinâ* fa-innahu mâ sálîma fî dînih* illâ man sállama lillâhi ‘açça wa ÿâlla wa li-rasûlih* shallâ llâhu ‘alâihi wa sállam* wa rádda ‘ilma mâ shtábaha ‘alâihi ilâ ‘âlimîh*
Verdaderamente, las gentes del Jardín verán a su Señor -sin abarcarlo ni condicionarlo- tal como anuncia el Libro de nuestro Señor: “Ese Dí a, rostros resplandecientes mirarán hacia su Señor”. Y todo lo que hay sobre esta cuestión en los hadices auténticos que nos han llegado del Mensajero de Allah es tal como él lo ha dicho, y no entramos en el tema interpretando según nuestras opiniones ni suponiendo en función de nuestras ilusiones.

Pues no está sano en su Islam más que el que se entrega a Allah y a su Mensajero, y remite lo ambiguo a quien lo sabe...

Otra cuestión básica y polémica es la de la *Visión* (**Ru-ya**). Según el Corán y muchos hadices, los musulmanes *verán* a Allah tras la muerte. Esta rotunda afirmación ha provocado el rechazo de los que llevan a su degeneración el **Tançih** cayendo con ello en el **ta‘fîl**, la *anulación* de Allah. Se ha dicho que los que llevan a su extremo el **Tançih** adoran la *nada* (**‘âdam**), y los que caen en la antropomorfización adoran un *ídolo* (**sánam**). Ambas posturas son rechazadas en el Islam. Por ello el autor afirma la *Visión* y la matiza diciendo que se producirá sin que ésta abarque a Allah y sin un modo material (es decir, sin **ihât a** ni **kaifîa**), integrando la cuestión -sin anular su posibilidad- en el **Tançih**. Es así como queda reconciliada la *Visión* con el carácter trascendente de Allah, que nunca es concebido como un objeto sobre el que pueda recaer la mirada de la criatura.

El Corán dice: “*Ese Día, rostros resplandecientes mirarán hacia su Señor*”..., el placer de estar en el *Jardín* (**ÿanna**) -que hace resplandecer los rostros- lo culmina un deleite supremo que es la contemplación de Allah, sin velo que lo separe del **mûmin**. En otro lugar, refiriéndose a lo mismo, el Corán declara: *Para “los que han hecho el bien hay una gran recompensa (el Jardín) y algo añadido a ella (la Visión)”*. Estos versículos son definitivos sobre el tema, pero además existen muchos hadices del Profeta al respecto. Sus Compañeros le preguntaron. “¿Acaso veremos a nuestro Señor el Día de la Resurrección?”, y él les respondió: “¿Acaso dudáis de la luna las noches de plenilunio? ¿Acaso dudáis del sol cuando no hay nubes? Pues con esa claridad veréis a vuestro Señor”.

Lo significado en última instancia por estos textos es aquello a lo que aspiran los que sienten en su interior una poderosa inquietud espiritual, lo que moviliza a quienes ansían la plenitud más absoluta. El anhelo *dever* es lo que pone en marcha a los **mûminîn**, los *abiertos de corazón*, los que han intuido en sus profundidades esa inmensidad ilimitada que les habla de algo profundo, inabarcable, poderoso,... de **Allah**. Eso es lo que pretenden alcanzar, y ese deseo se culmina en la Visión. Por ello se ha dicho que el asunto de la Visión es uno de los puntos más nobles entre los *Fundamentos del Islam* (**Uşûl ad-Dîn**).

El Corán dice: “*Las miradas no perciben a Allah*”, y en este versículo se han apoyado los que niegan la posibilidad de la *Visión* (la **Ru-ya**), pero precisamente lo que hace es subrayar su carácter extraordinario. En primer lugar, el versículo continúa diciendo: “... *pero Él sí abarca las miradas*”, es decir, las miradas de los hombres son condicionadas por Allah, y hace con ellas según su Voluntad. Allah no es material, no es un objeto, no es alcanzable por ninguna mirada ni ningún análisis. Pero esto no quiere decir que Allah sea invisible; al contrario, Él es lo más evidente. Sólo el velo de la ignorancia, la desidia y la dispersión del hombre lo ocultan. La Verdad es *presente*, y es la *ausencia* del ser humano lo que le impide percibir claramente al Único, el Irrebatible. Por ello, la Visión se producirá después de la muerte, cuando el ojo *no ve*, cuando sus facultades naturales han desaparecido para dejar lugar a otra cosa para la que ya no tenemos palabras. Es entonces cuando el Ojo del musulmán distinguirá a su Señor -bien ninguna mirada encerrará a Allah- de un modo inexpresable, y sin abarcar su Verdad.

Sólo verá a Allah el *musulmán*, es decir, quien se le haya rendido (el **múslim**). Esto quiere decir muchas cosas. El que no se ha rendido a Allah (el **kâfir**, el *negador*; el **múshrik**, el *idólatra*) está aferrado a sus apegos, no se ha liberado por Allah, no ha inmensificado su universo interior, y por ello sólo verá el tormento al que se ha condenado: las llamas de su desesperación en un abismo infinito, habitado por los fantasmas que se ha llevado consigo.

wa lâ tázbutu qádamu l-islâm* illâ ‘alâ zâhri t-taslîmi wa l-istislâm*
El pie del Islam sólo se afianza sobre la superficie e de la entrega y la rendición...

En la segunda parte del punto anterior, el autor de esta *Exposición de los Fundamentos del Islam* (la ‘**Aqîda**) expresa la postura más coherente del que se inicia en la espiritualidad: la de remitir estos saberes a quien sabe (en primer lugar, el **Nabí**, el *Profeta*, el *Anunciador*). La *razón* (el ‘**aql**) intenta enjuiciar los contenidos de lo que nos ha llegado del *Infalible* (el **Ma’sûm**), es decir, el Mensajero. Pero la *transmisión* (**naql**) sólo debería ser enjuiciada en su calidad. Una vez nos hayamos cerciorado de la fiabilidad de la transmisión, su contenido debe ser admitido y comunicado tal como lo expresó el Sincero (s.a.s.). Aplicar la razón entonces sería intentar hacer digerible lo que es ofrecido al corazón, y ello sería un error, pues la razón está afectada por la fuerza de las *opiniones* (los **arâ**) y la arbitrariedad y frivolidad de la *fantasía* y las *ilusiones humanas* (los **awhâm**). Estas actitudes no son rigurosas, y a lo único que conducen es a pugnas y al surgimiento de sectas y grupos enfrentados a causa de las interpretaciones divergentes. La actitud más seria es la admisión de ese legado y dejar al corazón su saboreo, pues es a él al que se dirigen Allah y su Mensajero.

La razón (‘**aql**) alcanza a intuir a Allah, pero de Allah viene más información (la *Revelación* , el **Wahy**), que nos ha llegado a través de una rigurosa *transmisión* (**naql**). Y Allah -por su naturaleza misma y que ha sido descubierta por la razón- exige de una absoluta *entrega* (**taslîm**) y *rendición* (**istislâm**), y esto es el **Islâm** , la *claudicación ante el Absoluto*. La resistencia de los apegos y los formalismos intelectuales a los que estamos habituados nos desvían de la vivencia de lo que supone fluir con Allah, con su Poder, su Ciencia y su Voluntad Libres de todo condicionante. Por ello el autor declara que no es firme el Islam más que con las actitudes que le son propias, y que consisten en la absorción sin reservas de lo que nos viene de Allah.

**fa-man râma ‘ílma mâ h áaraz ‘áunhu ‘ílmuh* wa lam yáqna‘ bit-taslîmi fáhmuh*
háÿabahu marâmuh* ‘an jâlis i t-tawhîdi wa sâfi l-má‘rifati wa sahîhi l-îmân***

Quien ansíe conocer lo que no está al alcance de su ciencia y su entendimiento y no se contente con la entrega de su ser, su objetivo lo ciega ante el Tawhîd sincero, la Ma‘rifa pura y el Îmân auténtico...

El **Islâm** -la *abdicación* ante Allah- es **taslîm** (*entrega y devolución* de todo el ser a su Señor) e **istislâm** (*rendición incondicionada a Él*), que son la vía hacia una *Reunificación* sincera y pura, libre de adherencias y artificialidades (**Tawhîd**). Son la puerta hacia un *Conocimiento superior y directo* (**Má‘rifa**), y la realización de aquello que se intuye cuando se posee *sensibilidad espiritual* (**Îmân**).

La *razón* (‘**aql**) -la inquietud que hay en ella- nos acompaña hasta los aledaños de Allah asomándonos a lo infinito. Es un filtro idóneo que confiere sensatez a las elecciones y resoluciones del ser humano y nos evita errar por lo absurdo en lugar de afrontar lo verdadero. Una vez que nos asoma a ese universo, ahí debe empezar el Islam, recogiendo sin reparos directamente de la Revelación de ese Oc éano. Lo contrario -el intento de hacer digerible a la razón lo que se aprehende en esos momentos- es erróneo porque es utilizar un instrumento inadecuado: la razón nos ha conducido hasta Allah pero ya, a partir de entonces, no puede juzgarlo, precisamente por la representación que se ha hecho de Él. Ante Allah, el ser humano debe fluir por el espacio indeterminado de la Verdad Absoluta que se convierte en su guía y habla a todo su ser (no sólo a su inteligencia), transformándolo en su raíz. Se llama *musulmán* (**múslim**) al que acepta ese reto. Lo contrario es convertir la Revelación en motivo de especulaciones y elucubraciones pseudointelectuales, y entonces surgen controversias inútiles y divisiones arbitrarias. El Corán dice: “*Hay entre las gentes quienes discuten acerca de Allah sin conocimiento ni criterio ni luz alguna. Confunden a los demás y serán avergonzados en este mundo, y el Día de la Resurrección probarán el tormento del Fuego*”.

La Revelación es para ser vivida, para que conduzca la integralidad de nuestro ser ante su Señor Único, no para elaborar teologías o metafísicas o sistemas filosóficos. Para hacer esto último en ese terreno hay que ser completamente arbitrario, y esto lo prohíbe el Islam. Dice el Corán. “*No sigas lo que desconozcas. El oído, el ojo y el corazón serán interrogados*”,...

es decir, sigue sólo aquello de lo que tengas absoluta certeza (que es **Allah**, gracias precisamente a la razón) y abandona las especulaciones basadas en suposiciones. Efectivamente, las iglesias y las jerarquías religiosas han sido creadas para respaldar el absurdo de los montajes en torno a hechos tan básicos y sencillos como las revelaciones

espontáneas, que acaban siendo retorcidas por voluntades enfermizas que desean controlar y someter a su lenguaje y a sus intereses e inclinaciones -espirituales o materiales- lo que es de naturaleza escurridiza. En cierta ocasión llegaron a oídos del Profeta los gritos que varios de sus Compañeros se lanzaban mientras discutían acaloradamente sobre la significación de un pasaje del Corán. Muhammad acudió a donde estaban, rojo de ira, y empezó a tirarles el polvo del suelo, y dijo: “ ¡Despacio! Eso es lo que destruyó a las naciones que os han precedido, que se desviaron de sus profetas y se golpeaban entre ellos con el libro que les fue transmitido. El Corán no se contradice sino que se confirma a sí mismo. Lo que entendáis de él, ¡cumplidlo!; y lo que ignoréis de él remitidlo a quien lo sepa”.

Algunas cosas en el Corán pueden parecer oscuras, confusas y ambiguas (**mutashâbih**). En esos casos, en lugar de arriesgarse a interpretaciones que siempre serán caprichosas, lo mejor es la modestia y abrir el corazón porque esa es la *comprensión* que se debe tener en ese momento, y eso que era oscuro pasa a estar iluminado por la habilidad interior del ser humano. Es entonces cuando queda realizado el **Îmân**, llega a su extremo el **Tawhîd** y despierta la **Má'rifa**, todo lo cual es inexpresable porque tiene profundidades a las que sólo llega el secreto del hombre.

A quien, por el contrario, le apetece medirlo todo con sus medidas, incapacitándose para un crecimiento absoluto, creyendo que actúa racionalmente cuando está especulando sin más fundamento que sus ilusiones, le suele ocurrir lo que se dice a continuación:

fa-yatadzâbdzabu báina l-kúfri wa l-îmân* wa t-tasdíqi wa t-takdzîb* wa l-iqrâri wa l-inkâr* muwâswasan tâihan shâkkan lâ mûminan muş áddiqan wa lâ yâh idan mukádzdziban*

Oscila entre la cerrazón y la apertura, la confirmación y el desmentido, la afirmación y la negación, indeciso, perdido en el laberinto, titubeando, no siendo mûmin confirmador ni rechazador desmentidor...

La razón (**‘aql**) conduce hasta Allah, ante el Uno-Único, descubre su Inmensidad Irrepresentable y se rinde a Él, despertando el **Îmân**, la *sensibilidad* integral que deja de ser simple emoción para tener las firmes bases de ese ejercicio intelectual anterior y suficiente para tomar una decisión que permita al hombre avanzar por los espacios sutiles de Allah. Todo se echa a perder si el **Îmân** carece de sensatez o si la razón carece de pasión. La conjunción perfecta es el Islam sano y elevado. De lo contrario se produce la situación que el autor de la **‘Aqîda** describe en el párrafo anterior. Si faltan sólidas bases en cualquiera de esos dos aspectos complementarios, el ser humano se debate en la indecisión y la ambigüedad y se entretiene con lo primero que se le presenta en lugar de enfrentarse al gran reto. El exceso de intelectualidad enfría las posibilidades de la emoción, y entonces jamás se confirma lo que el corazón intuye. Se está siempre en medio, entre la *cerrazón* (**kufr**), es decir, la ignorancia de todo lo relacionado con Allah, y la *apertura* (el **Îmân**), que no llega a concretarse porque no da los pasos decisivos que son la *entrega* (**taslîm**) y la *rendición* (**istislâm**), realizando el **Islâm** y encontrando la *Paz* (**Salâm**) junto a Allah... No se confirma lo que la razón empezaba a adivinar ni tampoco se le rechaza porque hay tantos argumentos en su favor como en su contra, y así hasta que la muerte sorprende al que dedica su vida a especulaciones y teologías.

wa lâ yasíh u l-îmânu bir-rú-yati li-áhli dâr s-salâm* li-man i ‘tabarahâ mínhum bi-wahm* au taáwwalahâ bi-fahm* idz kâna tá-wîlu r-rúya*- wa tá-wîlu kúlli má‘nan yudâfu ilà r-rubûbía* bi-tárki t-tá-wîl* wa luçûmi t-taslîm* wa ‘aláhi dînu l-muslimîn*

No es correcto el Ímân en la visión para la Gente de la Morada de la Paz en quien la considera en función de su ilusión o la interpreta desde su entendimiento, pues la comprensión de la visión -así como de toda Cualidad atribuida al Señorío- consiste en abandonar el intento de comprender y asumir la entrega. Sobre esto se basa la senda de los musulmanes...

Comprender significa *abarcar*. El ser humano comprende sólo aquello que es capaz de encerrar en sí, lo que es capaz de percibir por sus medios e integrarlo en su conocimiento, lo que puede *controlar*. Por definición, Allah escapa a esta posibilidad. Querer encerrar a Allah, sus Cualidades y sus Acciones, dentro de los límites de lo que tenemos por lógico o lo que esperamos, es negarse a acercarse realmente a lo que Él sea en su Libertad Absoluta. No verá a Allah quien tenga de Él una imagen concreta, sólo lo verá el que ha despejado a su Señor de todo, el que ha destruido todas las imágenes que pueda concebir, afrontando el infinito ante el que sólo cabe rendirse. Sólo ése ha ampliado lo suficiente su horizonte como para empezar a vislumbrar -en *la Morada de la Paz*, **Dâr as-Salâm** - la Grandeza de su Señor, que trasciende sus conflictos y sus contradicciones, y se le muestra entonces en su Plenitud.

La imposibilidad de abarcar a Allah es la única comprensión que podemos tener de Él, por tanto, ahondar en el desconcierto que ello nos produce, crecer en perplejidad ante Él, asumir que nos contradice para abatir nuestros dioses, es lo que cada vez nos irá acercando más. Por tanto, la razón nos sirve para arrimarnos a ese Océano, que a partir de entonces se revela a Sí Mismo y en el que sólo cabe sumergirse, ahogándose en su inefabilidad.

wa man lam yatawáqqa n-náfia wa t-tashbîh* çállá walam yúsibi t-tañçîh*

Y quien no se prevenga contra la negación o la comparación, resbala y no alcanza la abstracción...

Ya hemos dicho que el **Tañçîh**, la *abstracción* -que consiste en despejar a Allah de aquello con lo que podamos contaminar su pureza y simplicidad- tiene un extremo que es el **nafy**, la *negación* (a la que también hemos llamado **tá‘îl**, *anulación*) con la que lo reducimos a la nada. Por otro lado está el **tashbîh**, la *comparación* que acaba antropomorfizando a Allah. En realidad, el **Tañçîh** es situarse en medio de esas dos tendencias.

Por otra parte, la antropomorfización tiene dos direcciones: la de asimilar Allah a lo creado, dándole cuerpo, imaginando que es como el ser humano, y por otro lado está la de asimilar lo creado a Allah, que es la representación que está bajo la adoración de encarnaciones, profetas, maestros espirituales, imágenes de dioses, objetos religiosos, ángeles, demonios, fuerzas de la naturaleza, etc.

El **nafy**, la *negación*, degenera en una *espiritualidad vacía y fría* (**ilhâd**), y el **tashbîh**, la *homologación*, conduce a la *idolatría* (**shirk**). Apartarse de las dos vías del **nafy** y el **tashbîh** es a lo que el autor llama aquí *precaución* o *prevención* (**taqwâ**), que es

sobrecogimiento ante Allah). Quien se asoma a la Unidad de Allah descubre que Él es Trascendente y Presente, y esto le obliga a afirmarlo sin homologarlo a nada, y ésta es la perfección del **Tançih** que posibilita la *Reunificación*, el **Tawhîd**.

fa-ínna rabbanâ yâlla wa ‘alâ maus ûfun bi-sifâti l-wah dâniâ* man‘ûtun bi-nu‘ûti l-fardâniâ* lâisa fî ma‘nâhu âhadun min al-bariâ*

Y es porque nuestro Señor es descrito por la Cualidades de la Unicidad, se le adjudican los Atributos de la Singularidad, y ninguna criatura participa en lo que significan...

Con esta afirmación Allah queda *Despejado* (**Munaççah**) en la *descripción* (**wasf**) que hace de Él mismo. Para evitar confusiones, el musulmán se debe limitar a las negaciones y afirmaciones que Allah hace en su Libro Revelado, evitando con ello la descortesía y el desvío de lo que posibilita una verdadera Reunificación. Todo el Corán tiene esa función, y ante él se rinde el **lmûmin**, el que intuye en sus adentros correspondencias con la capacidad sugerente que tiene el Libro del Islam. Hablar de Allah sin saber es mentir.

Se llama *Cualidades de la Unicidad* (**Sifât al-Wah dâniâ**) a las expresadas en los versículos que dicen: “*Di: Él es Allah, Uno-Único (Áh ad), Allah, el Absolutamente Autosuficiente en Sí y del que todo depende (Sâmad)...*”. Y se llama *Atributos de la Singularidad* (**Nu‘ût al-Fardâniâ**) a los expresados en los versículos que siguen a los anteriores: “... *No ha engendrado ni ha sido engendrado, y nada hay que le equivalga*”.

También se ha precisado que las Cualidades de Unicidad hacen referencia a su *Esencia* (**Dzât**) y los Atributos de Singularidad son los que describen sus Capacidades y sus *Acciones* (**Afâ‘l**), determinantes del Destino. Ni en Sí ni en su Voluntad le es equiparable nada, ni se le añade nada, siendo esto la perfección y plenitud de la abstracción que evita a los musulmanes caer en la idolatría, pero que no niegan el Señorío y el Dominio absolutos de Allah, que impera realmente en cada criatura y en cada acontecimiento.

wa ta‘âlâ ‘an il-h udûdi wa l-gâyât* wa l-arkâni l-a‘d âi wa l-adawât* lâ tah wîhi l-ÿihâti s-sítti ka-sâiri l-mubtada‘ât*

Transciende los límites y las finalidades, carece de pilares, miembros e instrumentos. No lo contienen las seis direcciones como sucede con las cosas creadas...

El **Tançih** exige este tipo de expresiones para evitar cualquier antropomorfización de Allah, pero, como ya hemos advertido, casi homologa Allah a la Nada, y ello eliminaría su *Señorío* (**Rubûbiâ**). Allah es indeterminable, pero positivo y eficaz: no es concretable ni nada lo encierra, pero su Acción es lo que gobierna todas las cosas.

Allah no es un cuerpo situado en un espacio, pero aún así (o precisamente por ello) su Fuerza es Absoluta. Es Anterior y Posterior a todo lo que existe, por lo que no lo afectan el tiempo ni las dimensiones, pero por eso está *sobre* todas las cosas y gobierna cada instante y cada lugar desde su trascendencia absoluta. Ese ‘sobre’ no indica lugar sino rango. No es contenido por nada, pero por ello está Presente consu Poder Dobleador *en* todas las cosas. No tiene órganos, pero en Sus Manos están todo lo que existe. Carece de ojos materiales pero su visión lo abarca todo. No es un individuo pero su Voluntad rige cada movimiento.

No se mueve, pero su Presencia desciende de las alturas de su inefabilidad hasta el mundo de su esclavo...

Por ello, el Corán y la Sunna a veces lo describen con Manos, Rostro, Pies, o nos dicen que Allah se encoleriza, se eleva, desciende, sonrío o ríe, etc., términos que han confundido a muchos: unos los han afirmado dando cuerpo a Allah (los llamados **mushábbihao muýássima**), y otros los han negado para evitar la antropomorfización (grupos que han recibido el nombre de **nufât**, **mu‘áttila** o **mu‘taçila**). Otros los han interpretado metafóricamente restándoles fuerza y contenido (los **ýahmía**). Los musulmanes admiten esas palabras sin darles modo ni proporciones, quedando sumergidos en el poder de sus sugerencias, perplejos ante el carácter conmocionador de las expresiones con las que Allah nos habla describiéndose a sí mismo, sin convertirla cuestión en un desafío a la razón sino un reto a la posibilidad de intimar con lo Absoluto, que es inmediato y familiar.

wa l-mi‘ráyü h áqq* wa qad úsria bin-nabíyillàs lláhu ‘aláihi wa sállama wa ‘úriya bi-shájsihi fí l-yáqazati ilà s-samâ* zúmma ila h áizu shâ alláhu min l-‘ulâ* wa ákramahu lláhu bimâ shâ* wa auh à iláihi mâ auhà* mâ kázdzaba l-fuâdu mâ raà* fa-çallà lláhu ‘aláihi wa sállama fí l-âjirati wa l-ûlâ *

La Ascensión fue una verdad. Se hizo viajar nocturnamente al Profeta y se le alzó en persona y despierto hasta el cielo, y después hastalas alturas que Allah quiso, y lo honró

con lo que quiso, y le reveló lo que le reveló: “El corazón no declaró falso lo que vió”. ¡Allah lo bendiga y salude en la Última y en la Pri mera!...

El autor se refiere aquí al *Viaje Nocturno* (el **Isrâ**) del Profeta y a su *Ascensión* (**Mi‘ráy**), que tuvieron lugar una noche, aproximadamente un año antes de la *Emigración* (la **Hiýra**) a Medina. Esos dos acontecimientos tuvieron una importancia radical porque en ellos quedó cristalizada la universalidad de la misión de Muhammad (s.a.s.). El alcance de su función y rango en la historia de la humanidad quedan subrayados en el relato que se hace de esa experiencia singular. Tras ella, el Profeta y el Islam adquirieron un carácter definitivo. Por ello, el autor afirma que el Viaje Nocturno y la Ascensión son una *verdad* (**haqq**), es decir, no sólo ocurrieron sino que tuvieron una importancia radical y configuradora.

En primer lugar, se ha discutido en el Islam si esos recorridos nocturnos por la tierra y los cielos se realizaron con el cuerpo o sólo con el *espíritu* (**rûh**). Ambas interpretaciones se justifican en la ambigüedad de los relatos, pero la opinión mayoritaria es que tuvieron lugar con todo el ser. Efectivamente, la Reunificación Muhammadiana ante Allah Uno-Único exige que sea el hombre en su integralidad el que se presente ante su Señor. Por tanto, la opinión según la cual el Mensajero realizó el viaje despierto y con su cuerpo es la que tiene más aceptación entre los musulmanes, y además tiene la fuerza de sugerir el carácter integrador del Islam que no margina la materialidad del ser humano en la experiencia de la Unidad y Unicidad de la Verdad.

Los relatos más seguros cuentan que mientras Muhammad (s.a.s.) descansaba en su lecho lo inundó la *Calma* (**Sakîna**) y se le apareció *Gabriel, el Ángel de la Revelación* (el **Málak Yibríl**), que lo invitó a montar sobre una cabalgadura extraordinaria (**al-Burâq**), y ésta alzó el vuelo trasladándolo a Jerusalem. El viaje duró menos de un instante. En la *Mezquita Remota* (**al-Masýid al-Aqsà**), es decir, el Templo de Salomón, Muhammad dirigió el

recogimiento de los profetas de toda la humanidad, convirtiéndose en su **Imâm** , en el *Polo* en el que confluye la espiritualidad del universo entero.

Inmediatamente después volvió a montar sobre la cabalgadura extraordinaria (**al-Burâq** , el *Relámpago*) y se alzó atravesando los siete cielos encontrándose en cada uno de ellos con un profeta arquetípico que lo saludaba, le daba la bienvenida a su cielo y lo confirmaba en su misión universal. En el primer cielo, Adán. En el segundo, Juan y Jesús. En el tercero, José. En el cuarto, Idris (Elías o Hermes). En el quinto, Aarón. En el sexto, Moisés. En el séptimo, Abraham. Después ascendió hasta *el Loto del Límite* (**Sadrat al-Muntahà**) dejando atrás al Ángel que no podía atravesar ese extremo de la existencia. Muhammad siguió avanzando hasta llegar frente al *Gigantesco, el Soberbio en su Grandeza* (**al-Yabbâr**) del que sólo lo separaba un Velo de Luz. En ese momento, Allah le transmitió la orden de que la Nación del Islam realizara el **Salât** , es decir, que cada musulmán tuviera momentos al día dedicados en exclusiva a recogerse ante Allah, con presencia de todo su ser orientado hacia quien lo ha creado y lo rige. Tras ello, Muhammad (s.a.s.) regresó a su casa, encontrando aún caliente el lecho en el que había estado acostado antes. Éste es, muy en resumen, el relato de lo que tuvo lugar en esa noche única que precedió a la Emigración de los musulmanes de Meca a Medina, quedando inaugurado el Islam como civilización universal.

wa l-háudu l-ladzi ákramahu lláhu ta'âlà bihi giyâzan li- úmmatihi haqq*

Y el Estanque con el que Allah lo dignificó como au xilio para su Nación es una verdad...

El Profeta habló a muchos de sus Compañeros de un *Estanque* (**Háud**) reservado para él y para su Nación en el que vierte sus aguas un río fabuloso, el **Káuzar**,... todo esto junto a Allah en **al-Âjira** , en su Universo propio al que sólo permite el acceso la Revelación o la muerte. Quien beba de sus aguas no volverá a tener sed. Es el caudal muhammadiano, que se ha desbordado sobre la humanidad desde el mundo trascendente del Uno-Único.

En su poderoso universo interior, Muhammad (s.a.s.) veía los correlatos espirituales de su propia existencia y significación. Ahora bien, no se trata de simples alegorías. Los musulmanes, al seguir al Profeta, participan de su grandeza en todas las dimensiones, y beben realmente de su manantial. Por ello, los musulmanes desean que se les de beber de ese *Estanque* (**Háud**) también junto a Allah, tras la muerte, en el universo infinito de **al-Âjira** , lo que significa que son aceptados definitivamente en la Nación de Muhammad y comparten su destino, no sólo en este mundo sino también en la eternidad de **al-Âjira** , el Universo de Allah. Esta confirmación se producirá tras la muerte, el *Día de la Resurrección* (**Yáum al-Qiyâma**), antes de que los destinados al Jardín entren en él. Según la mayoría de los relatos, se dará de beber a los musulmanes del Estanque tras salir de la tumbas, de las que se despierta con una sed abrasadora. El Imâm al-Qurtubi escribió: “ *No pienses que esto está relacionado con este mundo sino que tiene lugar en la Tierra Cambiada que es blanca como la plata, sobre la que jamás se ha derramado sangre y en la que jamás se ha cometido injusticia alguna*”.

Todo lo relacionado con el **Háud** extraordinario pues tiene que ver con la desmesura que nos aguarda después de la muerte. Su tamaño es inmenso, la fuente que lo riega es la *Generosidad de la Abundancia* (el **Káuzar**) que es el río de Muhammad procedente del

Jardín, sus aguas son más blancas que la leche, más frescas que la nieve, más dulces que la miel, más perfumadas que el almizcle. Cada vez que se bebe de él, el Estanque se amplía. Sus orillas están sembradas de oro, gemas y plantas aromáticas. Cada profeta tiene su **Háud**, pero el más grande, el más dulce y el más abundante es el de Muhammad (s.a.s.).

wa sh-shafâ‘atu l-latî dzdzajarahâ lálhum h aqq* kamâ rúwiya fi l-ajbâr*

Y la Shafâ‘a que ha atesorado para su Nación es una verdad, tal como nos cuentan las noticias...

Ese Día de la Reunión ante Allah, tras la muerte, todo aquello a lo que Él haya dado valor dará su testimonio (**shahâda**). A la mediación favorable se la llama **Shafâ‘a**. La mayor de las intercesiones será la de Muhammad: él dará fe de los suyos. Seguir a un profeta es colocarse bajo su estandarte. Son hombres a los que Allah ha distinguido, y ese privilegio se manifestará porque serán autorizados a hablar. Han sido enviados a sus pueblos, y certificarán en favor de sus seguidores. Ahora bien, esa mediación viene del favor que Allah les han concedido, y no les corresponde por naturaleza propia. Ellos son expresión del Favor, de la Fuerza de la Elección de Allah, y no de algo distinto. Todo está integrado en la Voluntad del Uno-Único, que se evidencia como Él quiere. Dice el corán: “*Nadie intercede a favor de otro ante Él, si no es con su permiso*”. Y así sucede con todo, incluso en nuestra cotidianidad: todo lo que tiene un efecto no lo hace de modo independiente, sino en la sujeción al Deseo del Señor de los Mundos.

En realidad, todo dará testimonio ante Allah el Día en que la creación se reúna ante Él, cada cosa con su propio lenguaje, que el hombre entenderá porque habrá sido dotado por la muerte con una sensibilidad distinta: hablará el cuerpo de cada ser humano (sus manos, sus piernas, su lengua, su corazón, sus ojos,...), y darán fe sus actos (el bien y el mal que hayan hecho), y darán fe los lugares en los que han estado, los compañeros que han tenido, las intenciones que han sentido,... y darán fe los profetas que les han sido enviados, y los Libros que les han sido transmitidos, y todo lo que existe dará fe de cada persona, en su favor o en su contra, porque ese Día -el que sigue a la muerte- es el Día de la Verdad, y todo será elocuente. Y todo será medido por Allah, cuya Balanza es precisa y exacta. En realidad, la muerte significa una inversión: todo lo que hasta entonces había sido mudo hablará elogiando o acusando a cada hombre. La Resurrección es el espacio en el que lo que ahora es espiritual, tomará cuerpo y tomará la iniciativa mientras que el hombre será pasivo, recibiendo la influencia de lo que contruye o destruye durante su vida activa.

El primero en dar su testimonio será Muhammad (s.a.s.), el **Shâfi‘**: él hablará en favor de los suyos, de quienes lo han aceptado con fidelidad, de quienes han transmitido sus palabras, quienes han seguido sus enseñanzas. Con el término **testimonio (shahâda)**, que si es favorable recibe el nombre de **shafâ‘a** se alude en el fondo a la interrelación profunda que existe entre las cosas, y a las dimensiones infinitas de cada uno de nuestros gestos. Creemos que nuestros instantes son irrelevantes, pero en realidad todo está imbricado de un modo absoluto sobre una Fuente Única cuyo alcance sólo descubriremos entonces. Cada uno de nuestros momentos hunde sus raíces en lo infinito, y tras la muerte tendremos ante nosotros sus frutos en lo eterno del mundo espiritual. Esto es terrible, porque nos es imposible calibrar las implicaciones de nuestra existencia en cada uno de sus instantes. Por ello existe una generalidad que es la **Shafâ‘a** de Muhammad (s.a.s.): si Muhammad da

testimonio en nuestro favor -en estrecha vinculación al modo que los musulmanes lo damos en esta vida en favor de su autenticidad- Allah atenderá a la certificación de la mejor de sus criaturas.

wa l-mîzâqu l-ladzî ájadahu llâhu ta‘âlâ min âdama wa dzurriâtihi haqq*
Y el pacto que Allah concertó con Adán y sus descendientes es una verdad...

El autor de esta ‘**Aqîda** (o *Exposición de los Fundamentos del Islam*, los **Uşûl ad-Dîn**) hace mención aquí a un tema de gran importancia: el **Mîzâq** o *pacto* anterior a la existencia concreta de cada criatura. Según el Corán, antes de nacer, cada ser humano ha tenido una conversación con Allah en la que Él se le muestra y le hace dar testimonio de su *Soberanía* y *Señorío* (**Rubûbía**). El hombre acepta y declara, en el seno de su germen, la unidad y unicidad de su Verdadero Creador y su *sujeción* a Él (‘**Ubûdía**). Para algunos autores, esto tuvo lugar ‘en los riñones de Adán’. Los profetas, desde el primero hasta el último de ellos, han sido la reverberación de ese Pacto Primordial, un recordario que depierta en cada ser humano resonancias que le estimulan a buscar a su Verdadero Señor. Es como si al nacer olvidáramos de donde venimos, pero ese conocimiento estuviera latente en nosotros (constituyendo *lo esencial* en nosotros, nuestra **Fitra**): los profetas son los instrumentos con los que Allah desencadena el *Recuerdo* (**Dzîkr**).

A efectos prácticos, lo anterior quiere decir que cada criatura cuenta con las intuiciones necesarias de *lo que es y de quién es* Allah. A ese eco que responde en el corazón de cada ser a la llamada que le dirige el Profeta se le llama **Fitra**, *naturaleza original*. Cuando Allah la labró en cada criatura es como si hubiera estado concluyendo con ella un *pacto* (**Mîzâq**). Sus resonancias son la espiritualidad, la inquietud que empuja al hombre, la ansiedad que se apodera de él,...

Por otro lado, este tema incluye el del Destino, que el autor retomará a continuación desde un nuevo punto de vista. Muchos de los breves relatos que hacen referencia a esta cuestión también aluden a que, en ese momento previo a la existencia concreta de cada ser, Allah decide su Destino. Al dar hechura a cada ser también le señala la meta que habrá de alcanzar con su vida. Su felicidad y su infelicidad, su salud y su enfermedad, su riqueza y su pobreza, su posición ante Allah, todo queda ya señalado en ese germen primario. Nuestras existencias son el cumplimiento de las realidades incluidas en nuestra semilla.

wa qad ‘âlima llâhu ta‘âlâ fîmâ lam yâçal ‘ádada man yâdjulu l-ÿanna* wa ‘ádada man yâdjulu n-nâr* ÿumlâtan wâhida* fa-lâ yaçdâdu fî dzâlika l-‘ádadi wa lâ yâñqus minh* wa kadhâlika af‘âlahum fîmâ ‘âlima mínhum a n yaf‘alûh*

Allah sabe en su eternidad sin-principio el número de los que entrarán en el Jardín y el número de los que entrarán en el Fuego, en conjuntototal. No aumenta ese número ni decrece. Y del mismo modo conocía los actos de las criaturas, y se cumplen como Él sabe que lo harán...

No añadimos nada al conocimiento que Allah tiene de nosotros: Él nos ha configurado en nuestra semilla, y nuestra existencia es la realización de lo determinado en ese germen primario. Su conocimiento de nosotros es anterior a nuestra existencia. Todas nuestras intenciones, nuestros actos, nuestras realizaciones, nuestros triunfos y nuestras derrotas,

todo lo que nos sucede, las desgracias que se abaten contra nosotros, los placeres que nos deleitan, nuestras esperanzas y nuestras desesperaciones, nuestras inquietudes y nuestras orientaciones, todo está contenido en ese primer momento en el que Allah nos crea en la nada. Por ello, su Ciencia es anterior a los datos, su Conocimiento abarca a los seres antes de que estos existan, y el Destino final de cada uno de nosotros (ya sea el Jardín o el Fuego tras la muerte) está en su saber antes de que realicemos el más mínimo de nuestros gestos. Él conoce, en su *Eternidad* sin-principio y sin-fin (el **Áçal**) el *número* (“**ádad**”) exacto de los que entrarán en el tormento del *Fuego* (**Nâr**) y el de los que accederán al disfrute en el *Jardín* (**Yanna**), así como los actos de sus criaturas antes de que ellas los ejecuten, y todo tiene el cumplimiento que Él sabe de antemano. El Corán dice: “*Allah es Conocedor de toda cosa*”.

**wa kúllun muyássarun limâ júliqa lah* wa l-a‘mâlu bil-jawâtim* wa s-sa‘îdu
man sá‘ida bi-qadâi llâh* wa sh-shaqíyu man shâqiya bi-qadâi llâh***

A cada cual se le ha facilitado aquello para lo que ha sido creado. Los actos son según sus postrimerías. Dichoso es aquél al que Allah ha decidido hacer dichoso. Desafortunado es aquél al que Allah ha decidido hacer desafortunado..

Todo es según lo que Allah ha determinado (según su *Decisión* o *Decreto*, **Qadâ**). Allah conduce a cada criatura al *Destino* (**Qádar**) que Él ha establecido, y por ello cada cuál encuentra facilidad en aquello que lo guía -sin que él se de cuenta- a la meta que tiene marcada. Quien realiza el mal y encuentra deleite en él es porque se le está haciendo fácil el camino al Fuego; quien hace el bien y se encuentra cómodo en él es porque está siendo conducido al Jardín. En cierta ocasión, el Profeta (s.a.s.) dijo: “*Todo ser tiene prefijado su lugar en el Jardín o en el Fuego. De cada criatura se ha dicho en la eternidad que será dichosa o infeliz*”, y uno de sus Compañeros le preguntó: “*¿Porqué no contentarnos con lo que ha sido determinado y abandonamos nuestros esfuerzos?*”, y la respuesta de Muhammad (s.a.s.) fue la siguiente: “*Quien esté destinado a la dicha junto a Allah es conducido por Allah a la acción propia de las Gentes de la Felicidad, y quien está destinado al infortunio eterno es conducido por Allah sobre la senda de la acción de las Gentes de la Desgracia*”. Cada criatura cumple, pues, con las acciones que Allah ha establecido que haga y que la conducen a su Destino. El Profeta dijo: “*Actuad: encontraréis fácil aquello para lo que habéis sido creados*”. El hombre actúa según lo que ya ha sido decidido (en expresión del Profeta: *según ha escrito una tinta ya seca*), y en ningún momento se libera de ello. Esto es lo que significa la Unidad de la Acción, el carácter inalterable del Destino, la *Decisión de Allah* (el **Qadâ**).

Por otro lado, no se debe juzgar a nadie por sus acciones actuales. Nadie debe arrogarse ese derecho, pues el Destino sólo lo conoce Allah: es su *secreto* (**sirr**). Para evitar juzgar a los demás, el Profeta enseñó que sólo es realmente decisivo aquello que está en las *postrimerías de cada vida* (los **jawâtim**), es decir, las *últimas acciones*. Muhammad (s.a.s.) dijo: “*Hay quienes realizan las acciones propias de las gentes destinadas al Jardín según el criterio de los hombres (es decir, hay quienes realizan el bien) pero están destinados al Fuego, lo mismo que hay gentes que realizan las acciones propias de quienes están destinados al Fuego según lo que le parecería a los hombres y sin embargo están destinados al Jardín*”, y concluyó diciendo: “*El valor de las acciones depende de las postrimerías (jawâtim)*”. Esto nos invita a no juzgar a nadie y a tener esperanza.

Es decir, feliz junto a Allah será quien Él ha decidido hacer dichoso, al margen de toda apariencia; e infeliz quien Él lo haya decidido, al margen de toda apariencia. En el fondo, lo único realmente importante es la sinceridad y la autenticidad, que son algo entre Allah y cada una de sus criaturas.

Si juntamos todo lo dicho veremos que el Islam no promete ninguna salvación. El hombre debe redoblar sus esfuerzos como manifestación de sinceridad y autenticidad. Ésta es la quintaesencia del Islam. Abandonar la acción justificándose en el Destino sería signo de pereza. Confiar en la acción sería arrogancia. Interpretar la acción como signo de abdicación ante Allah es realización de lo que significa el Islam.

wa áluṣ l-qádari sírru llâhi ta'âlâ fî jálqih* lam yáttali' 'alâ dzâlika málakun muqárrab* wa lâ nabíyun múrsal* wa t-ta'ámmuqu wa-názaru fî dzâlika dzarî'atu l-judzlân* wa súllamu l-hirmân* wa dárayatu t_-tugyân* fal-h ádzaru kúllu l-ádzarîh min dzâlika názaran wa fikran wa wáswasa* fa-inna llâha ta'âlâ t awà 'ilma l-qádari 'an anâmih* wa nahâhum 'an marâmih* kamâ qâla llâhu ta'âlâ fî kitâbih* lâ yús-alu 'ammâ yáf'alu wa hum yus-alûn* fa-man sâala líma fá'al* faqad rádda húkma l-kitâb* wa man rádda húkma l-kitâb* kâna min al-kâfirîn*

La raíz del Destino es el secreto de Allah en su creación. Él no ha asomado a ese secreto a ningún ángel cercano, ni a ningún anunciador enviado (a la humanidad). Profundizar en él o someterlo a análisis es pretexto para la frustración, escala hacia la privación y grado en la ascensión hacia la rebeldía arrogante. ¡Cuidado atento, para no someterlo a análisis, reflexión u obsesión! Allah ha plegado la posibilidad de una Ciencia del Destino privando de ella a sus criaturas, y les ha prohibido que se la propongan, tal como Allah ha dicho en su Libro: “A Él no se le pregunta por lo que hace. Ellos son los interrogados”. Quien pregunta: “¿Porqué Allah ha hecho tal cosa?”, está impugnando el juicio señalado en el Libro, y quien impugna el juicio del Libro es de los rechazadores...

En su raíz (**asl**) el Destino (**Qádar**) es un secreto (**sírr**) entre Allah y su creación (**jalq**), entre la Verdad Absoluta y cada una de sus criaturas en el seno de honduras absolutas. Es en esa raíz donde tienen lugar la sinceridad y la autenticidad, un punto en el que coinciden la Libertad de Allah y la del hombre, y pertenece a un ámbito de la intimidad donde nada ni nadie tiene cabida, ni el Ángel más próximo a Allah (**al-Málak al-Muqárrab**) ni el mismo profeta enviado a las gentes (**an-Nabí al-Múrsal**),... es decir, no tienen conocimiento de ese enigma ni los más sabios entre los seres. Por **anto**, los especuladores deben alejarse del tema pues todo **análisis(názar)** acaba en **frustración (judzlân)**, en **privación (hirmân)** del bien que sugiere la idea de Destino, y en **rebeldía arrogante** contra Allah (**tugyân**), todo lo cual sólo puede atormentar al ser humano en lugar de iluminarlo.

En cualquier caso, la Revelación es una interpelación de Allah: es el hombre el que debe responder. Nada puede juzgar a Allah, pero Él sí juzga a los hombres. Por tanto, es la respuesta del ser humano lo que la Existencia exige. Nada pregunta nada a Allah ni le demanda responsabilidades, pues Él es el Uno-Único que está por encima de todas las cosas, pero Él sí pregunta a sus subordinados, que es la creación entera, que depende de Él y responde a Él de grado o a la fuerza. Someter a Allah a un interrogatorio únicamente es propio del que ignora lo que es y quiénes Allah, es el propio del **kâfir**, el que niega a su Señor en sus adentros o pretende configurar un dios a su gusto.

fa-hâdzihî yûmlatu mâ yah tâyû ilâihî man huwa munáwwarun qálbahu min auliyâi llâhî ta‘âlâ* wa hiya dárayatu r-râsijîna fî l-‘ilm * li-ánna l-‘ilma ‘ilmân* ‘ilmun fî-l-jálqi mauyûd* wa ‘ilmun fî l-jálqi mafqûd* fa-inkâru l-‘ilmi l-mauyûdi kufr* wa ddi‘âu l-‘ilmi l-mafqûdi kufr* wa lâ yázbutu l-îmân u illâ bi-qabûli l-‘ilmi l-mauyûd* wa târkî álabit l-‘ilmi l-mafqûd*

Éste es el conjunto de lo que necesita (saber) que n tiene el corazón iluminado entre los que han intimado con Allah (los auliyâ). Es el grado de los firmemente asentados en la ciencia. Porque hay dos clases de ciencia: una ciencia existente en la creación y una ciencia inexistente en la creación. El rechazo de la ciencia existente es negación de Allah y la pretensión de conocer la ciencia inexistente es negación de Allah. No se consolida la sensibilidad espiritual (el Îmân) más que con la aceptación de la ciencia existente y con el abandono de la búsqueda de la ciencia inexistente..

En lo dicho acerca del Destino hay pistas suficientes para quien tiene un *corazón (qalb) iluminado (munáwwar)*. Ese conocimiento es el de *quienes intiman con Allah (los auliyâ)* siguiendo al Profeta hasta alcanzar una absoluta proximidad a su Señor. Es el *grado (dáraya)* de *quienes se afianzan en el verdadero conocimiento (los râsijîn fî l-‘ilm)*, es decir, quienes abandonan las disputas, los laberintos de las polémicas entre hombres, la banalidad de las especulaciones inútiles, y se centran en lo seguro hasta alcanzar sus raíces donde sólo está la Verdad inaccesible al lenguaje.

Hay dos tipos de *ciencia (‘ilm)*: la que es posible al ser humano, la que está al alcance de sus aptitudes, y a la que el autor llama *ciencia existente en la creación (al-‘ilm al-mauyûd fî l-jalq)*, y es en la que deben centrarse los esfuerzos, y a la cabeza de esas ciencias está el estudio de la Revelación ofrecida a la humanidad, e l Islam expresado en palabras claras; y hay otra ciencia que escapa a las posibilidades del hombre, a la que el autor llama *ciencia inexistente (o perdida, o ausente) en la creación (al-‘ilm al-mafqûd fî l-jalq)*, y es el conocimiento imposible para el que el hombre no tiene herramientas (y emplea entonces la frivolidad y la elucubración, como sucede con la teología, la metafísica, la adivinación, etc.). Ir en pos de la ciencia inexistente es desconfiar y desafiar el secreto de Allah. Dice el Corán de ese saber oculto: “*Nadie sabe lo que ganará mañana ni dónde morirá. Es Allah el Sabio, el Bien Informado*”, es, por tanto, el conocimiento que Él se ha reservado.

La sensibilidad espiritual que el Islam desea para los musulmanes se basa en la que es proyectada sobre la ciencia existente. El **mûmin**, el dotado de esa *sensibilidad (el Îmân)*, debe centrarse en lo que le es ofrecido por la existencia y por Allah, apoyándose en la razón y en la Revelación, y abstenerse de la arbitrariedad, lo confuso, lo distorsionador. La sensibilidad espiritual, que tiene esos firmes anclajes que la hacen sensata y recta, puede entonces orientarse hacia la Verdad y afianzarse en Ella.

wa nûminu bil-lâuhi wa l-qâlam* wa bi-yamî‘î mâ fihî qad ráqam* fa-lau iytâma‘a l-jálqu kúlluhum ‘alâ shâiin kátabahu llâhu ta‘âlâ fihî ánnahu kâinun li-yaÿ‘alûhu gáira kâinin lam yaqdirû ‘alâih* wa lau iytama‘û kúlluhum ‘alâ shâiin lam yáktubhu llâhu ta‘âlâ fihî li-yaÿ‘alûhu kâinan lam yaqdirû ‘ alâih* yáffa l-qâlamu bimâ huwa kâinun ilâ yâumi l-qiyâma*

Y aceptamos la Tabla y el Cálamo, y todo lo que en ella (Allah) ha signado. Si toda la creación se reuniera para alterar algo de lo que Allah ha escrito en la Tabla que ha de ser, para que no sea, no podrían conseguirlo. Y si la creación entera se reuniera para alterar algo de lo que Allah ha escrito en la Tabla que no sea, para que sea, no podrían conseguirlo. ¡El Cálamo se ha secado después de escribir lo que ha de ser hasta el Día de la Resurrección!...

Con esta imagen, tomada del Corán y de la Sunna, el autor subraya el carácter inalterable del Destino. El Corán habla de una *Tabla* (el **Láuh**) -a veces la describe como la *Tabla Guardada* (**al-Láuh al-Mahfûz**)- que es donde se ha escrito, gracias a un *Cálamo* (el **Qalam**) de luz, los destinos de cada criatura. Todo esto expresa de modo gráfico las grandes verdades a las que se refiere el Islam, pero también son verdades místicas cuyo alcance no intuimos, por lo que es necesario formular estos temas tal como los hizo el Mensajero, sin añadir más juicios 'remitiendo su significado al que lo sabe'. En cualquier caso se trata de una imagen poderosa recogida de lo que dijo Muhammad (s.a.s.): “ *Ten presente a Allah y Él te tendrá presente; tenlo presente y lo encontrarás delante de ti. Si has de pedir algo, pídeselo a Allah. Si necesitas auxilio, búscalo en Allah. Has de saber que si la humanidad entera se reuniese para favorecerte con algo, no te haría más que el bien que Allah ha decretado para ti; y si se reuniese para perjudicarte no te haría más daño que el que Allah ha decretado que sufras. ¡Se han alzado los cálamos y se han secado las páginas!*”. En el fondo, lo que lo anterior quiere decir para el musulmán es que no debe temer a las criaturas. El Destino lo invita a desapegarse de las inquietudes e inseguridades que lo someten a sus semejantes, a las circunstancias, a la fuerza de lo inmediato. Todo ello es relativizado en el sentido práctico que tiene el Destino entre los musulmanes, quedando liberados de la esclavitud. El Corán lo dice así: “*No temáis a las gentes, ¡temedme a Mí!*”,

“ *¡Huid hacia Mí!*”, “ *¡Resguardaos de Mí!*”, “ *Quienes obedecen a Allah y a su Mensajero, quienes temen a Allah y se resguardan de Él,... eso s son los que tienen éxito*”, “ *Él es quien debe ser temido, y Él es el que disculpa* ”... Es en Allah en quien reside la fuerza y el poder, Él es el que doblega a la criatura, no las circunstancias, ni los dioses, ni los poderosos, ni los violentos,... La Verdad es Allah, y su realidad es la que rige todos los acontecimientos.

Quien tiene esta visión y fluye con el Destino no tiene más señor que el Creador de los cielos y de la tierra, despejando su existencia de ídolos.

**wa mâ ajṭ áa l-‘ábda lam yá kun li-yuṣibah* wa mâ aṣ̣ ábahu lam yá kun li-yújṭiah* wa ‘alà l-‘ábdi an yá ‘lama ána llâha qad sábaqa ‘ilmuhu fî kúlli kâinin min jálqih* fa-qáddara dzâlika taqdîra múhkaman múbrama* láisa fîhi nâqidun wa lâ mu‘âqqibun wa lâ muç̣ilun wa lâ mugáyyirun wa lâ nâqis un wa lâ çâidun min jálqihî fî samâwâtihî
wa árdih***

Lo que yerra al hombre no podía alcanzarlo, y lo que le alcanza no podía errarlo. La persona ha de saber que la Ciencia de Allah es anterior a cada ser de su creación. Él lo ha determinado con medida exacta y definitiva, que no tiene revocador, ni aplazador, ni supresor, ni alterador, ni menguador, ni acrecentador entre las criaturas, ya sean de sus cielos o de su tierra...

Lo que no te ha sucedido no podía haberte ocurrido, y lo que te ha sucedido no podías haberlo eludido. He aquí formulado lo que puede conferir calma al corazón. El lamento por lo que pudo haber sido o pudo no haber sido, es un adelanto del tormento que aguarda a

quien no tiene conciencia del Destino que rige las cosas. Quien no sale del sufrimiento que produce la insatisfacción ante el devenir se condena a sí mismo a las repercusiones eternas de esa ignorancia, y se hace acompañar por sus fantasmas.

El conflicto en el que vive el *ser humano* (el ‘**abd**’) es el resultado de sus ‘dioses’, y el hombre tiene muchos más fantasmas de los que imagina. Un dios es todo aquello en lo que se sospecha que existe efectividad, pero sólo Allah es Eficaz. Quien se remite a su Señor y reunifica su ser ante el Uno que está por encima de todas las cosas encuentra el sosiego de quien está en paz con la existencia entera. De ahí la insistencia del autor de la ‘**Aqîda**’ en la cuestión esencial del Destino: quien carece de la paz que proporciona esta intuición primordial jamás alcanzará a descubrir la profundidad y el alcance del Islam. Quien se retuerce en las contradicciones y confusiones que le producen los conceptos es que está aún muy lejos de disfrutar del don de la vida. Quien se pierde por esos laberintos no sabe agradecer el instante en el que existe. Y esa ingratitud es **Kufr**, es *rechazo* del bien posible. Por ello el autor ya ha dicho que el Destino es la luz que ilumina los corazones de los que han intimado con Allah (los **auliyâ**) y de los que se han asentado en el conocimiento de la ciencia existente (**ar-râsijîn fil-‘ilm**).

wa dzâlika min ‘âqdi l-îmâni wa usûli l-mâ‘rifati wa l-iqrâri bi-tauhîdi llâhi ta‘âla wa rubûbiatih* kamâ qâla ta‘âla fî kitâbih* wa jâlaqa kûlla shâiin fa-qâddarahu taqdîra* wa qâla ta‘âla wa kâna âmru llâhi qâdaran maqdûra*

Ello pertenece a la resolución del Îmân, es fundamento de la Má‘rifa y resultado del asentamiento en la Unidad y el Señorío de Allah. Allah ha dicho en su Libro: “Lo ha creado todo y lo ha predeterminado”, y también ha dicho: “La Orden de Allah es según un determinación prefijada”...

La conciencia del Destino como realidad rectora de la existencia -y el Destino no es sino expresión de la Presencia de Allah, con toda su eternidad en cada instante- determina que la *sensibilidad espiritual* (el **Îmân**) sea resuelta, audaz y decidida, y se emancipe del mundo y se libere de las circunstancias, los dioses y los egoísmos, los lamentos y las desesperaciones, y pueda proponerse a Allah, el Señor de los Mundos. El Destino es el ‘**Aqd**’, el *punto de arranque* del **Îmân**. El Destino es también uno de los *fundamentos* (**usûl**) de la **Ma‘rifa**, o *Conocimiento Superior*, el que nace de la síntesis de la existencia en Allah Uno-Único, un Conocimiento Trascendente que no resulta de ninguna elucubración ni de ninguna teoría sino del saboreo de la realidad en sus profundidades abismales. Presentir el Destino es *asentamiento* definitivo (**iqrâr**) en la *Reunificación* (**Tawhîd**) que no niega el *Señorío* (**Rubûbîya**), culminando el proceso por el que todo es devuelto a su raíz. El Destino es necesariamente una de las bases del Islam: invita a rendirse ante quien lo ha determinado todo, desapegándose de las apariencias que confunde al común de los hombres, y lanzarse con el corazón por el universo unitario que sugiere la palabra **Allah**. Todo ello es definitivo en el Corán.

fa-wâilun li-man âras lillâhi ta‘âla fî l-qâdari jasûma* wa âhdara lin-nâariz fîhi qâlbân saqîma* lâqad iltâmasa bi-wâhmîhi fî fâhsil-gâibi sîrran katîma* wa ‘âda bi-mâ qâla fîhi affâkan azîma*

¡Ay de quien se convierte en contrincante de Allah sobre el Destino y se presenta con un corazón enfermo para su análisis! Con su fantasía busca descifrar, en lo ausente a él, un secreto oculto. Y con lo que dice de él se convierte en un embustero culpable...

Todo *corazón (qalb)* -que es el órgano de percepción por antonomasia del que la razón es una parte- puede estar vivo o muerto, sano o enfermo. Allah nos dice en el Corán: “A quien estaba muerto le hemos devuelto la vida, y le hemos dado una luz con la que camina entre las gentes”. El hombre está muerto en la ignorancia hasta que Allah alumbró su oscuridad con un conocimiento que ilumina su mundo. Así es como la cuestión del Destino resplandece en el musulmán y le propone una senda por la que ser dichoso en esta vida y alcanzar el Jardín junto a Allah.

Pero un peligro gravita y es el de la *fantasía (wahn)*, que es una enfermedad capaz de aniquilar la bondad que hay en el saber. Abordar la cuestión del Destino desde la frivolidad es convertirla en una excusa más para la irresolución. El Destino es enunciado en el Islam como estímulo, y aquellos aspectos que resultan confusos para la mente humana han sido plegados. Pero el ignorante -arrastrado por su enfermedad, de la que no es consciente y para la que no busca remedio- quiere urgar en esas zonas para las que no está habilitado, y lo hace porque en él tiene fuerza el **wahn**, la *ilusión*, la *fantasía*, la *arbitrariedad*. Busca desentrañar lo que pertenece al Dominio de su señor. Antes debiera corregir sus insuficiencias, pero el problema de las enfermedades del corazón -como la ignorancia y el falseamiento- es que no producen un dolor inmediato. Quien se empeña en urgar en el secreto del Destino se convierte en **jasim**, en *contrincante* de Allah. Y Allah derrota siempre a sus contrincantes. Esa derrota del hombre es su vagar sin rumbo en este mundo y es sufrimiento eterno en **al-Ājira**, en el *universo* de Allah al que se pasa con la muerte, un tormento que es el correlato espiritual de su desazón presente.

**wa l-‘ārshu wa l-kursiyu ḥaqq* wa huwa mústagnin ‘ani l-‘ārshi wa mâ dūnah*
muḥîṭun bi-kulli sháiiin wa fáuqah* wa qad á‘yaça ‘anihl-âṭ ati jálqah***

El Trono y el Pedestal son verdad. Él no necesita del Trono ni de ninguna otra cosa. Es Abarcador de todas las cosas, y está por encima de ellas. Ha hecho a sus criaturas incapaces de abarcarlo a Él...

El Corán y el Profeta nos hablan del *Trono* de Allah (**‘Arsh**) y un *Pedestal* o *Escabel* (**Kursi**), es decir, un escalón sobre el que estaría alzado dicho Trono majestuoso. La imagen es clara: se trata del poder y dominio absolutos de Allah sobre la existencia entera. El Trono sobre el Pedestal son los símbolos de su autoridad y su ciencia. Ahora bien, también se afirma que tienen una realidad objetiva, y sobre esto -como sobre el tema de la Tabla y el Cálamo- hay discrepancias en la interpretación. Lo mismo que se ha dicho que el Destino es la Inteligencia Suprema, del Trono y el Pedestal se ha dicho que son las órbitas celestes más elevadas que contienen en su interior el universo entero. Son una especie de cúpula espiritual en cuyo núcleo existimos. La idea del Trono y el Pedestal siempre aparecen en el Corán y en la Sunna para sugerir la idea de que Allah lo abarca todo y nada lo abarca. Él es **Muḥîṭ**, y cerca todo lo que existe. Todo está dentro del alcance de su poder y su saber. Por otro lado, la *capacidad para abarcar* (la **Ihât_a**) ha sido negada a las criaturas que están insertas en el mundo regido por Allah.

*Cualquiera que reza con devoción
y paciencia a Dios
Llega a nosotros como un hermano*

*Quién trabaja como sabiduría y moral
y se ha superado a si mismo
es un hermano*



Estudios y difusión el pensamiento islámico tradicional

Todos los Derechos Reservados - Copyright © 2011

www.mustafachile.info